



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## SEGUNDA PARTE

**EL CONSTITUCIONALISMO.—DE LA HUERTA CON CARRANZA.—MAYTORENA.—VILLA.—CARRANZA PRIMER JEFE.—OBREGON.—EL FRACASO DE NACO.—EL DECRETO DEL 10 DE MAYO DE 1913.—DE LA HUERTA Y LOS YAQUIS.—CARRANZA, OBREGON Y PABLO GONZALEZ.—DE LA HUERTA GOBERNADOR INTERINO.—SUS LEYES.—CARRANZA Y LOS EE. UU.—COMISION DE DE LA HUERTA EN WASHINGTON.—EPISODIOS EXTRAÑOS.—GOBERNADOR ELECTO.**

## EL CONSTITUCIONALISMO

**D**ESPUES de los acontecimientos de la decena trágica, De la Huerta, en compañía de Roberto Pesqueira y de Vidal Garza Pérez, salió para el norte pues tenía la convicción de que el pueblo no aceptaría el gobierno del usurpador y tanto él como sus amigos pensaron que los brotes de rebeldía deberían aparecer en el norte.

El primer intento y la primera decepción los esperaban en San Luis Potosí, donde Vidal Garza Pérez creía contar con el gobernador que era el doctor Cepeda. Así fue que al llegar a la ciudad, Garza Pérez se separó de sus amigos y se fue al Palacio de Gobierno en busca de su amigo el gobernador.

Media hora después regresó cabizbajo y entristecido.

—¡Vámonos de frente! —dijo—. Aquí no hay nada que hacer. El doctor Cepeda dice que no está conforme con el cuartelazo, pero está indeciso debido a la situación en la que se encuentra y las pocas fuerzas de que dispone para el movimiento.

La emprendieron entonces para Tampico, de donde habrían de seguir para Ciudad Victoria, esperando ganarse al gobernador de Tamaulipas, Matias Guerra, pero llegaron precisamente a tiempo para darse cuenta de que el mayor Manterola, jefe de la guarnición de la plaza, saludaba al gobernador y ambos festejaban la caída de Madero y el triunfo del cuartelazo.

Se dirigieron entonces a Monterrey, donde Vidal Garza creía con seguridad contar con el gobernador Viviano Villarreal, reconocido maderista y suegro de don Gustavo Madero.

Allí se dividieron la labores: Vidal Garza a hablar con Viviano Villarreal. Roberto Pesqueira a hablar con los federales, y don Adolfo para hablar con los rurales a ver si conseguía que se pronunciaran contra el usurpador.

La primera de las gestiones fracasó porque Viviano Villarreal no quiso adoptar ninguna actitud contra el gobierno del centro, protestando plañideramente que estaba ya muy viejo y que ya había llamado al general Treviño para entregarle el gobierno.

La gestión de Pesqueira con los federales tuvo igualmente negativos resultados.

Finalmente, De la Huerta, en el desempeño de la suya, se fue al cuartel de los rurales que estaba en el edificio en construcción del hotel Ancira. Una bandera tricolor ondeaba a la entrada. Un capitán comía sobre un pequeño cajón que hacía las veces de mesa.

Don Adolfo le pidió autorización para hablar a su gente y que él mismo oyera el relato de lo que había pasado en México y tener así base para su invitación. Todos se acercaron a él en el gran patio en construcción y él les relató los acontecimientos de México, y les arengó para que volvieran a la lucha armada, puesto que eran maderistas. No eran de los viejos rurales, sino revolucionarios que los habían sustituido. Pero todos contestaron que ellos se habían levantado en armas con Alfredo Pérez que era su comandante; que hablara con él y que lo que él resolviera eso harían los demás.

Aquella triple gestión de De la Huerta y sus acompañantes fue desarrollada en el breve espacio de poco más de una hora, que era el tiempo que tenían que permanecer en Monterrey para hacer la conexión ferroviaria que les llevaría en el resto de su viaje. Naturalmente, en esas condiciones ni De la Huerta pudo esperar la llegada de Alfredo Pérez ni los otros dos insistir en sus propósitos.

Alcanzaron el tren que les condujo a Coahuila, y en el trayecto De la Huerta escuchó la conversación de dos individuos que viajaban en el mismo carro:

—Ya conoces —decía uno de ellos— la terquedad de Venustiano y va ser difícil quitarle de la cabeza esa actitud que nos pone en un predicamento. ¡Quién sabe hasta donde llevará al Estado ese manifiesto!

De la Huerta no pudo contenerse más y metiendo la cabeza entre los interlocutores, interrumpió el diálogo diciendo:

—Perdonen, señores, pero ¿qué es lo que pasa aquí en Coahuila?

—¿No sabe usted? El manifiesto que acaba de aparecer y cuyos puntos principales nos han comunicado telegráficamente,

—Pero, ¿manifiesto en qué sentido?

—Pues desconociendo al gobierno usurpador.

—Pero ¿cómo es eso? ¿están ustedes seguros?

—Sí; ¡cómo no hemos de estar seguros! Nos lo han comunicado por telégrafo.

—Pero ¿enteramente seguros?

—¿No le estamos diciendo que sí?...

Al convencerse de que era cierta la noticia, Adolfo de la Huerta se encaramó sobre el asiento y lanzó el primer grito: "¡VIVA CARRANZA!" Roberto Pesqueira, que regresaba de platicar con la escolta federal del tren y que entraba en esos momentos, le interpelló:

—Pero qué, ¿te has vuelto loco?

—No, hombre; mira lo que dicen estos señores —y procedió a darle la trascendental nueva.

Al llegar a la estación en la que se toma la desviación para Saltillo, encontraron que el señor Carranza había hecho levantar unos rieles para evitar que lo sorprendieran las fuerzas federales por la actitud que él y el congreso habían adoptado. Los tres amigos tuvieron que seguir para el norte, pero al llegar a Monclova, sabiendo que el tren se detendría allí como dos horas, De la Huerta llamó a Pesqueira y le sugirió que fueran al telégrafo a conferenciar con Carranza.

—Vamos a hablar con él aunque sea telegráficamente para felicitarle y decirle que Sonora le va a responder, que no se vaya a desalentar.

Se celebró la conferencia telegráfica y Carranza preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

Pesqueira y De la Huerta se identificaron y don Venustiano volvió a preguntar:

—¿Alguno de ustedes habla inglés?

—Sí —replicó De la Huerta—, mi compañero Pesqueira.

—Que vaya ayudar al cónsul de Eagle Pass que es de toda mi confianza y sobrino de Rafael Múzquiz. Y usted vaya a Sonora a ver qué es lo que pasa con Maytorena; le he dirigido dos telegramas sin recibir contestación.

—Pues con Maytorena o sin Maytorena —repuso De la Huerta— yo le respondo a usted de que Sonora será un baluarte para la defensa de los principios democráticos en contra del traidor Victoriano Huerta. Veinte mil hombres le garantizo a usted.

—Muy bien; ojalá sea exacta esa cantidad. —Después hizo notar que se encontraba allí mismo en Monclova Atilano Barrera, diputado local, y que le daría unos ejemplares del manifiesto para que los reprodujeran en Sonora.

—También está allí mi sobrino Arturo Carranza, hijo de mi hermano Jesús; lleva una clave; que le dé una copia para que nos entendamos.

Terminada la conferencia, Vidal Garza Pérez siguió con Atilano Barrera para el distrito de Allende, Coahuila, en tanto que los demás siguieron para el norte. Todavía Piedras Negras estaba en manos de una guarnición federal reducida, a las órdenes del teniente coronel federal Lubber y los dos viajeros pasaron la línea sin ser molestados.

Se presentaron al cónsul Rafael Múzquiz y fueron interrogados por él sobre su identidad, nombres y representaciones oficiales. Múzquiz, con natural desconfianza, trataba de inquirir antecedentes y cerciorarse de su lealtad al movimiento que se iniciaba. En esos momentos penetró un empleado a la oficina, llamó aparte al cónsul y ambos salieron para conferenciar en la vecina habitación. Cinco minutos después regresó Múzquiz con un papel en la mano.

—¿Cómo dijeron que se llamaban ustedes? —interrogó.

Repetieron los nombres y el repuso:

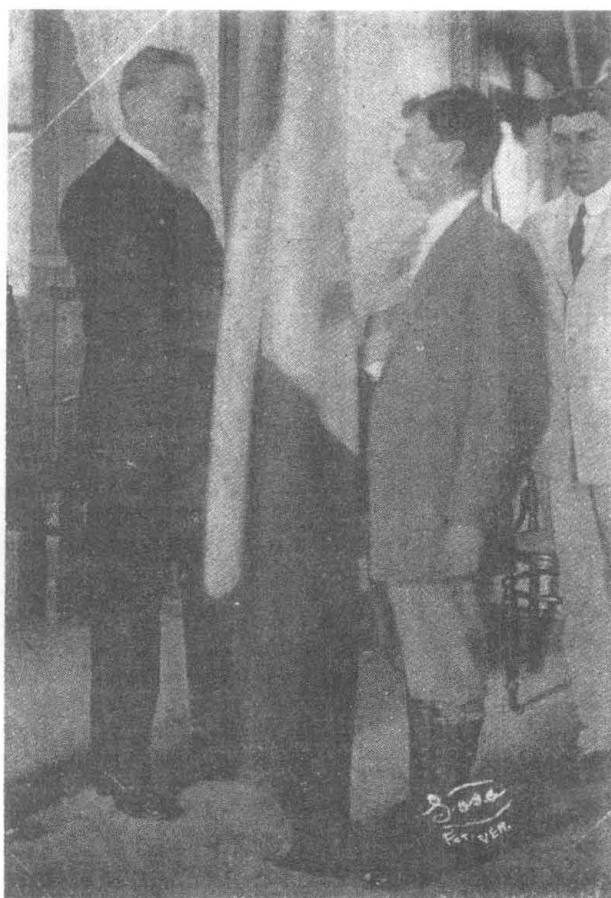
—Vean ustedes lo que acabo de recibir —y les mostraba copia de un telegrama que le acababa de pasar un telegrafista amigo; procedía de Aurelio D. Canale, secretario particular de Victoriano Huerta y ordenaba la aprehensión de Adolfo de la Huerta y de Roberto Pesqueira. Afortunadamente, ya ambos se hallaban en territorio americano.

Siguiendo entonces las instrucciones de Carranza, Pesqueira se quedó en Eagle Pass ayudando a Múzquiz; De la Huerta continuó su camino rumbo a Sonora y en el trayecto entre Eagle Pass y Spofford se le acercó uno de los garroteros preguntándole si era mexicano, y al saberlo, le mostró un periódico del 23 de febrero en el que aparecía la noticia del asesinato del Presidente Madero. Aunque don Adolfo ya se lo temía, la noticia le causó tremenda impresión. Llegó a Spofford, donde tenía que esperar la conexión con el tren que venía de San Antonio. Otros trenes esperaban allí también y, entre ellos, uno que iba tripulado por numerosos estudiantes de alguna Universidad americana: muchachos todos uniformados de azul con una franja negra en el pantalón.

Don Adolfo, cuya excitación era grande, preguntó si había alguno que hablara español para interpretarlo; uno se ofreció a hacerlo y entonces él les dirigió un fogoso discurso de protesta por el salvaje atropello del usurpador, diciendo que México lavaría esa afrenta, ese deshonor, esa vergüenza por la que un jefe militar aprehendía y fusilaba a un presidente. Les instó a que escribieran a sus amigos, a sus padres, a sus familiares, diciéndoles que muy pronto verían cómo México se levantaba como un solo hombre protestando contra aquel incalificable atentado y que deberían tener presente que militares desleales lo mismo podían encontrarse entre nosotros que en cualquier país y que no había que juzgar a los mexicanos por individuos de esa calaña.



Don Adolfo de la Huerta, apenas un adolescente, fue uno de los colaboradores más activos y leales de don Venustiano Carranza. Aquí le vemos a su lado.



De la Huerta acompañó a Carranza y le ofreció siempre  
sincera y franca opinión sobre asuntos trascendentales.

Terminado aquel improvisado discurso, llegó el tren en el que el señor De la Huerta debía proseguir su marcha y la continuó, siempre presa de profunda preocupación, pues le admiraba no encontrar en todas partes la misma vibrante indignación que él sentía por el atentado. La realidad de las cosas era que la noticia aún no era conocida en los lugares que él había tocado, pero aun así, pensaba con tristeza que había una gran cantidad de personas que se mantenían indiferentes. Pensaba que si el usurpador no hubiera cometido el estúpido crimen de asesinar a don Francisco I. Madero, ¡quién sabe qué suerte habría corrido la República!

Apesadumbrado don Adolfo de la Huerta por esa relativa indiferencia que encontraba sobre el atentado criminal de Huerta, lanzó un manifiesto que fue publicado en un periódico que llevaba por nombre *El Paso del Norte* y se publicaba allí mismo, en el que describía los horrores que habían tenido lugar en México, cómo le habían arrancado la renuncia al señor Madero, diciendo que lo habían atormentado, pues suponía que así había sido y además algunos datos que Viviano Villarreal refirió a Vidal Garza Pérez se lo confirmaban con la tremenda crueldad y el salvajismo en La Ciudadela en contra de Gustavo Madero. Todo eso lo vació en su manifiesto que fue muy conocido en todo el norte, aunque no se identificó como el autor de él. Tejeda, que era el editor de *El Paso del Norte* y era amigo del señor De la Huerta, lo publicó. Aquel manifiesto fue el grito de guerra, la plataforma del principio de lucha porque entonces todavía no había Plan de Guadalupe ni nada; tan sólo aquel manifiesto que provocaba la indignación y levantaba la protesta de todo el pueblo que lo leía. No se supo que era del señor De la Huerta y él no se cuidó de reclamar su paternidad, pues lo que le importaba era despertar al pueblo a la acción en contra del usurpador.

Y no se limitó a desahogos literarios, sino que se ocupó activamente de organizar los elementos de combate que pudo reunir para emprender la lucha.

Pesqueira le había dado en Spofford un recado escrito al respaldo de un anuncio de cine, concebido más o menos en los siguientes términos: "Lagarde: Ponga a disposición de Adolfo de la Huerta todos nuestros intereses para salvar la dignidad nacional". Con tal orden se presentó De la Huerta a las oficinas de Roberto Pesqueira en Douglas, pero el señor Lagarde manifestó:

—¿Cómo voy a poner a la disposición de usted los intereses que tengo como apoderado de la familia Pesqueira, si no son de Roberto?

Con dificultades consiguió De la Huerta que le abrieran un crédito por mil dólares, con los que compró las armas para las primeras



partidas de hombres que pasaron. Ese mismo día, casi sin comer, se fue De la Huerta a la fundición, guiado por Plutarco Elías Calles que, como comisario que fue de Agua Prieta, tenía allí amigos. Después se comunicó con el comisario de El Tigre, que era su viejo amigo Agustín Camou, diciéndole que procedía levantarse en armas contra todos los federales, pues se sentía seguro de que todos ellos secundarían la actitud de Victoriano Huerta y que era necesario poner en actividad inmediatamente a los obreros y los policías que tuviera.

—No más no hables más, porque hay moros en la costa —repuso Camou.

El aviso de De la Huerta fue muy oportuno, pues Camou estuvo listo y logró salir con bien. Se fue a la sierra; si se ha esperado un día más ni eso habría tenido que hacer, pues al día siguiente el teniente coronel Villaseñor, que estaba de guarnición allí en El Tigre, salió, llamado por el coronel Ojeda a incorporarse a Naco. Así es que El Tigre quedó prácticamente a disposición del comisario ya revolucionario Agustín Camou.

Don Adolfo se fue a la fundición a esperar la salida de los trabajadores a los que hizo el relato de lo acontecido en México y les invitó a que combatieran al usurpador inscribiéndose para ello en la dirección de Roberto Pesqueira. Esa noche se inscribieron 32 y al día siguiente 36 más. Con ellos formaron la expedición que iba a entrar primero para después incorporarse a esa De la Huerta y Calles. Un sargento ex federal hacía cabeza de la partida en total de 68 hombres y debían esperarlos por el rumbo de San Bernardino.

## MAYTORENA SE REFUGIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

**D**ON Adolfo de la Huerta regresaba a Hermosillo, en compañía de Plutarco Elías Calles, después de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior, cuando fueron alcanzados por un periodista de apellido Butcher que les informó que Maytorena acababa de cruzar la frontera y les dio un ejemplar del periódico que publicaba la noticia, diciendo que había llegado a Tucson y que se hospedaba en el hotel Santa Rita.

El periodista les hizo notar el desconcierto que tal huida traería al Estado abandonado por su gobernador constitucional y natural-

mente ambos estuvieron de acuerdo y se dieron fácil cuenta de las consecuencias que aquéllo podría acarrear, sobre todo porque la noticia no decía que hubiera quedado nadie encargado del poder público en Sonora, ni cual era la situación general. Tanto De la Huerta como Calles consideraron que era inconveniente el paso dado por Maytorena y resolvieron que De la Huerta saliera inmediatamente para Tucson, dado el ascendiente que él tenía sobre don Pepe, para tratar de inducirlo a volver. Así se hizo y el señor De la Huerta llegó a Douglas, tomó el tren telegrafió a su amigo y agente en Tucson, que lo era Enrique Anaya y al llegar a su destino éste lo sorprendió con la noticia de que en el hotel Willard se encontraba el general Francisco Villa.

Tanto impresionó a De la Huerta aquella noticia, que en lugar de buscar a Maytorena, fue primero a ver a Villa.

Tuvo un cambio de impresiones con él que duró varias horas. No se habían conocido personalmente. En 1911 Villa había escrito a De la Huerta, tal vez a sugerencia de Samuel Navarro que era muy amigo del segundo y probablemente Villa, entusiasmado por las referencias que Navarro le había dado sobre la personalidad de don Adolfo, le escribió en forma muy amistosa. Pero no habían tenido oportunidad de tratarse personalmente.

En aquel encuentro Villa recordó perfectamente a De la Huerta y, como éste venía de la capital, le hizo narración pormenorizada de todo lo acontecido, de las infructuosas gestiones durante su viaje y de la situación general.

Con el general Villa se hallaban Carlos Jáuregui, que lo había ayudado a salir de Tlaltelolco, Darío Solís y alguno otro.

Cuando terminaron las pláticas con Villa, que estuvo efusivo y cariñoso con De la Huerta, éste se trasladó al hotel Santa Rita, para entrevistar a Maytorena.

El hombre estaba hecho pedazos; muy enfermo del estómago; tenía una jarra de leche en una ventana y argumentaba:

—¿Pero cómo quiere usted que regrese a una situación que no puedo yo con ella por mi enfermedad? Además, todos fueron mis partidarios y ahora, en esta lucha, tendría que apretarles a los ricos para sacarles dinero porque solamente con dinero se puede hacer esta revolución y yo tengo muchos compromisos. Por eso me he salido. Al mismo tiempo no tengo mucha fe en que el pueblo responda. Me han traído noticias de que ya Carranza está en actitud semirrebelde y lo están persiguiendo en tal forma que lo traen acosado. No le dejarán levantar cabeza. De la Huerta le replicó que estaba equivocado y trató, en términos generales, de hacerlo reaccionar, pero Maytorena argüía: "Ade-

más, estoy pendiente de algunos telegramas de Rodolfo Reyes que quedaron de reexpedirme acá y no sé ni conozco la situación allá."

—Pues yo si la conozco, por eso se la vengo a decir.

—Sí; pero hay muchas cosas... usted salió de estampida y no puede conocer en qué forma está quedando el nuevo régimen. Necesitamos saber para tomar una actitud...

El hombre se sentía perdido, enteramente desalentado. Sin duda la enfermedad lo tenía acobardado, pues Maytorena en otras ocasiones había dado pruebas de valor evidente. En los combates era hombre decidido y brioso. Desde que estaba en La Misa cuando los yaquis le atacaban, se ponía al frente de sus vaqueros y "echaba bala" hasta que los hacía huir. Muchas veces ayudaba a las fuerzas federales para salir en persecución de los yaquis y posteriormente, aunque no tomó parte activa en la revolución de 1910, pues siempre permaneció en territorio americano, en 1912, cuando el oroquismo, en La Dura se portó valiente, según se ha relatado ya.

Por todo aquello su actitud no se compadecía con sus antecedentes y más parece que era una situación política que no entendía. Era de pocos alcances Maytorena en el terreno de la política y no se daba cuenta de lo que en torno suyo se desarrollaba. Había estado en los principios de la revolución sin saber realmente por qué.

De la Huerta quiso que se entrevistara con Villa para ver si entre los dos lo convencían de que volviera a Sonora, pero él no se prestó. Dijo que no quería violar las leyes de neutralidad; que no quería ya más meterse en líos y se rehusó a seguir tratando el punto.

## DE LA HUERTA Y VILLA

**D**E la Huerta volvió a ver a Villa y le refirió la actitud de Maytorena.

—Pues siquiera que me dé un poco de dinero. Me mandó decir Abraham González que le había situado ciento sesenta mil dólares. Siquiera una parte que me dé a mí para organizar una expedición e ir a mi Estado.

—¿Por qué no se viene conmigo al Estado de Sonora y entramos juntos? —propuso De la Huerta.

—No muchachito, no, no; de ninguna manera. Yo en su Estado no valgo nada. Allí no conozco a la gente; no conozco la tierra; no. En

mi Estado que es Chihuahua, aunque yo nací en Durango pero considero a Chihuahua como mi Estado, allí es donde yo valgo diez por uno de lo que pudiera yo valer en Sonora. Así es que no, no... mejor consígame esos dineros con Maytorena y la emprenderé para El Paso Texas y de allí veré cómo me interno en mis terrenos.

Cumpliendo aquellos deseos, De la Huerta fue a ver nuevamente a Maytorena y le comunicó lo que Villa le habían dicho. Negó aquel que hubiera recibido dinero de Abraham González, diciendo que ese envío había sido interceptado por el general Rábago quien tomó el control del Estado al dar el cuartelazo Huerta. Con trabajos se desprendió de dos mil pesos en papel de banco mexicano, que se transformaron en noventa y pico de dólares y le sirvieron a Villa para pagar el hotel y trasladarse a El Paso. Allí un comerciante de nombre Fuorti, le facilitó algunas mercancías y un griego generoso y leal, don Teodoro Kiriakópulos, le ayudó, juntamente con alguna otra persona. En esa forma y con esa ayuda formó Villa una expedición de nueve hombres con los que cruzó la frontera el 7 u 8 de marzo. Fue a unirse a su compadre Urbina y en muy poco tiempo tenía ya algunos centenares de partidarios con los que se hacía sentir, como era natural, dado su espíritu guerrero.

De la Huerta siguió insistiendo con Maytorena, a quien acompañaban el mayor Manzo y su secretario particular que lo era entonces Francisco Serrano (sin grado militar aún). Cuando se dio cuenta de que todo era inútil y que Maytorena no regresaría a Sonora, comunicó tal noticia a Manzo y a Serrano así como su propósito de cruzar la frontera, y ellos le dijeron: "Nosotros sí vamos contigo." Y así lo hicieron.

Se quedaron en Nogales mientras De la Huerta siguió para Agua Prieta buscando la manera de incorporarse con las fuerzas que habían organizado Calles y él, y con las que estaba Plutarco en los alrededores de Agua Prieta.

La plaza de Agua Prieta estaba ocupada por el general Pedro Ojeda. Al llegar De la Huerta a Douglas, buscando las mismas conexiones que le habían servido a Calles y a él para acercarse a San Bernardino, un ferrocarrilero le comunicó que tenía noticias de que Ojeda iba a evacuar la plaza y que pasaría dos furgones, (según creía) llenos de parque por el lado americano para llevarlos a Naco donde iba a establecer su cuartel general. Roberto Pesqueira había venido de Eagle Pass en viaje de negocios particulares, y juntamente con De la Huerta, conferenciaron con el ferrocarrilero aquel y le convencieron de que hiciera una combinación cambiando carros: que pasara otros dos y les

dejara los que él creía que iban cargados de parque. Después les aclaró que solamente era uno y, efectivamente ese lo dejó en Agua Prieta.

Salió Ojeda, como se les había informado, al frente de 800 hombres, llevándose también a los fiscales de la aduana, rumbo a occidente, uniéndosele el teniente coronel Villaseñor con unos 80 rurales.

## LA "TOMA" DE AGUA PRIETA

**O**JEDA salió, como se sa dicho, por tierra a Naco y al salir él, De La gestión de Pesqueira con los federales tuvo igualmente negativo chacho Contreras, Belisario García (a) El Quilili y algún otro. Entraron a Agua Prieta, abrieron el carro, no encontraron más que cincuenta cajas de cartuchos; el resto era equipo, pero de todos modos sirvió pues era la época de frío y vino muy bien el equipo para los revolucionarios. Había también 109 mausers en mal estado, pero algunos se compusieron y pudieron servir. Con aquello y unas cuantas pistolas que traían los amigos, se formó la guarnición de Agua Prieta.

Aquella pacífica "toma" de la plaza, se vio amargada, sin embargo, por un incidente que les produjo el correspondiente susto.

Sucedió que los fiscales que se había llevado Ojeda, se fueron colgando en la marcha y como eran de caballería, cuando lo consideraron oportuno, dieron la media vuelta y emprendieron el regreso a Agua Prieta. Eran quince más o menos, y cuando se acercaban, alguien que les vio dio la voz de alarma y se pensó que Ojeda regresaba.

Los defensores en número de diez o doce y mal armados, creyeron que les había llegado su hora pero en vez de emprender la huida y cruzar la frontera, resolvieron resistir y se apostaron en las casas que estaban en el camino de La Morita Vieja que era por donde Ojeda había salido. Por lo menos, pensaban, harían una resistencia decorosa pues no era cosa de salir huyendo a la primera alarma. Afortunadamente, al hacerse los primeros disparos con los mausers remendados, los fiscales enarbolaron el pañuelo blanco. Después se acercaron y se identificaron como amigos terminando así la alarma. ¡Además, la guarnición se aumentó con aquellos nuevos contingentes, llegando a la respetable suma de veintitantos hombres!...

El señor De la Huerta telegrafió entonces a Calles, que había llegado a Fronteras, pues Cheto Campos había desconocido a Victoriano Huerta y Cheto era el presidente municipal de Fronteras.

Calles había cruzado ya la línea divisoria y había entrado con una fracción del 3º que había desertado y se le había incorporado; eran setenta y tantos hombres; contingentes que fue aumentando con obreros de Pilares hasta llegar a unos trescientos hombres.

De la Huerta le comunicó que se hallaba en posesión de Agua Prieta y ellos no se explicaban cómo podía ser aquello pues no sabían que Ojeda había evacuado la plaza. De todos modos, Calles se puso muy contento cuando supo que De la Huerta, al frente de 25 hombres se hallaba dueño de la plaza y se apresuró a reunirse con él para proyectar más tarde el ataque a Naco.

## EL FRACASO DE NACO

**E**L siguiente episodio se transcribe textualmente de la relación que sobre él hizo el señor De la Huerta, tanto porque resulta más vívida la descripción, cuanto por los interesantes datos que contiene. Helo aquí:

“Durante la decena trágica había habido en Agua Prieta algunas manifestaciones y algunos discursos bravos de un tal Cesáreo G. Soriano, que las autoridades militares atribuían al comisario Calles o por lo menos le acusaban de tolerarlas. El general Ojeda ordenó que callaran aquellas protestas y como Plutarco le contestara con algún retobo, lo mandó llamar y lo puso de oro y azul a insultos.

“Plutarco había quedado muy resentido por aquello, y cuando Ojeda evacuó la plaza para dirigirse a Naco, quería organizar cuanto antes su expedición dizque para ir a atacar a Ojeda con los escasos cuatrocientos hombres mal armados y peor pertrechados de que disponía. Yo le dije: “Mira: déjemonos de bravatas y vamos poniéndonos en la realidad. Vamos a hacer que venga inmediatamente Bracamontes”. Pedro Bracamontes, que había estado como prefecto de Moctezuma y que había reunido como tres o cuatrocientos hombres fue llamado y al día siguiente lo teníamos en Agua Prieta.

"Ya con esos contingentes salimos a enfrentarnos a Ojeda que estaba parapetado con ocho o novecientos hombres en Naco. Creíamos que no se iba a atrever a salir, pues la táctica de los federales era luchar a la defensiva y así nos estacionamos frente a Naco; pero como se notara que hacían falta palas y picos para cavar contraloberas, sugirió Plutarco que yo se las consiguiera porque yo tenía los dineros que me había facilitado Roberto Pesqueira. Ellos no sabían la cantidad ni yo quise enterarlos de lo corto de ella para no desanimarlos; era preciso no darles noticias desalentadoras sino por el contrario, hacerles ver que el futuro era favorable.

"Rápidamente regresé a Agua Prieta, tan sólo a una hora de camino, pasando por La Morita Vieja. Allí pasé al otro lado, me traje a Esteban Calderón que andaba medio desbalagado por allá; compré dieciocho picos y otras tantas palas y regresé con ellos. Al llegar frente a Naco, Esteban Calderón se separó de mí porque tenía que incorporarse con Diéguez y se fue a buscarlo hacia occidente.

"Acababa yo de desembarcar los picos y palas para cavar las trincheras, cuando sale Ojeda de los límites de la ciudad de Naco y nos ataca furiosamente. Aquello fue un "desgarriate" general. Sale Calles en un caballo en pelo; lo conocí por su joroba; pasa delante de mí; le sigue Pedro Bracamontes... y es la gran desbandada. El último que salió y al que ví en Las Lomitas batirse con gran bizarria, fue Arnulfo Gómez y también Macario Bracamontes, el hermano de Pedro que, aunque superior de grado, escapó antes que su hermano, pese a su fama de valiente. Todos salieron en una espantada tal como no la había yo visto nunca ni la volví a ver en mi vida.

"El automóvil en el que había yo llegado y desde donde observaba el curso de los acontecimientos, era de aquellos que aún no tenían arranque automático y había que echar a andar el motor mediante una manija que llamaban el "crank". Y sucedió que cuando vi que la situación estaba perdida para

nosotros, quise seguir a los demás, pero se descuelgan sobre nosotros, queriendo coger el automóvil, las caballerías que tenía Ojeda y que había formado comprando caballada del otro lado. Venían como 40 jinetes en dirección del automóvil. ¡Le dije al americano que lo manejaba y que estaba más azorado que un venado en aventura, que nos fuéramos; pero por más vueltas que le daba a la manija no lograba echar a andar el motor!... Mientras tanto los de caballería se acercaban y yo veía que la situación se hacía cada vez más angustiosa y empecé a creer que no escaparíamos con vida. Felizmente arrancó al fin el motor y salimos dando tumbos, pues estábamos enfilados en la dirección de las faldas del cerro y para allá salimos sobre pedregales como para despedazar las llantas pero por fortuna ninguna se rompió y comenzamos a alejarnos. Cuando los que nos perseguían se dieron cuenta de aquello, abrieron fuego y varios impactos que más tarde encontramos en la carrocería, dieron fe de la puntería y mala intención de nuestros perseguidores. Por suerte ni al chofer ni a mí nos llegaron a tocar.

“Por el camino, al que por fin volvimos, iba la caravana de desorganizados y azorados ex atacantes. Todavía en La Morita Vieja era tal el espanto de los derrotados que querían dejar sus caballos y subirse al automóvil en el que llevaba yo algunos heridos que había recogido. Cuatro heridos llevábamos a bordo y a pesar de ello, los jinetes querían subirse abandonando sus cabalgaduras. A alguno tuve que darle un puñetazo para que volviera a su caballo.

“En esas condiciones llegué a Agua Prieta. Allí habían llamado a un doctor Randall, americano que, con su automóvil, estaba listo para atender a los heridos. Había dejado su auto cerca de la comisaría, y cuando llegué, encontré tendidos debajo de él a Pedro Bracamontes y a Plutarco Elías Calles, ¡los jefes de la expedición!...

“Los levanté con gran trabajo y fui a albergarlos a un cuarto de la Comisaría de Agua Prieta, pues me había dado



cuenta de que el ambiente en su contra era tremendo. Se decía que ¿qué clase de jefes eran, que los habían metido en la bola? Que eran unos cobardes; que eran los primeros en haber corrido y que los querían fusilar. Por eso los encerré allí en el cuarto de "tiliches". Estaban muertos de cansancio pues no habían dormido en toda la noche anterior. Se quedaron tirados allí y yo me fui a convencer a los obreros y a los soldados de que no tenían la culpa aquellos jefes, sobre todo Plutarco que no tenía grado militar que era simplemente un comisario que por su buena voluntad, por su patriotismo, se había puesto al frente de ellos. Pero viendo que no aparecían por ningún lado, comenzaron a decir que se habían pasado para los Estados Unidos. Entonces me les ofrecí como rehén, diciéndoles que si se habían pasado, me podían fusilar pues yo les garantizaba que no era verdad. Mientras tanto me puse al habla con Roberto Pesqueira que estaba en Douglas, Arizona. Eran las doce de la noche y a esa hora Roberto fue a despertar al gerente de un Banco, amigo suyo, y me trajo cuatro mil pesos en tostones que yo repartí para conformar a la gente y mandé comprar café que ya no había en la plaza para que les dieran a todos los que habían venido a reconcentrarse en Agua Prieta. Y así, al día siguiente, sin dormir porque tuve que andar de cuartel en cuartel, es decir de bolita en bolita, de grupo en grupo convenciendo a aquellos hombres, fui a despertar a los jefes para que se dejaran ver demostrando que no se habían pasado del otro lado de la frontera y que allí estaban, arrepentidos de haberse considerado con tamaños suficientes para haber sido jefes, pero diciéndoles que habían hecho todo lo que ellos podían por combatir contra los federales, etc., etc., y que si ellos no los querían como jefes, que estaban dispuestos a dejarlos nombrar los que ellos mismos escogieran (esto por consejo mío). Poco a poco se fueron calmando los ánimos y al fin quedaron ellos. Además, ya había llegado Salvador Alvarado que vino a salvar

la situación pues tenía alto prestigio entre los revolucionarios y su presencia acabó de tranquilizar los ánimos.

"Posiblemente aquel fracaso militar de Calles inspiró a Obregón el chascarrillo que frecuentemente refería diciendo que en cierta ocasión, teniendo Calles 45 hombres a su mando fue sitiado por el jefe orozquista doctor Huerta, un cubano nacionalizado mexicano y que al frente tan sólo de 35 hombres tenía sitiados a Plutarco y sus 45 hombres que se morían de sed. Que Calles, no pudiendo resistir más aquel tormento, decidió romper el sitio y montando ligero corcel logró salir entre el cerco de los sitiadores, pero era tal el pánico que sentía, que a pesar de que recorrió cerca de ocho leguas por las márgenes de un río, no se le ocurrió apaciguar su sed en las limpias aguas que vadeaba.

"Calles recibió de mi mano, al afiliarse al movimiento de 1913, el nombramiento de teniente coronel".

## LA CONVENCION DE MONCLOVA.—DE LA HUERTA REPRESENTA A SONORA

**L**A influencia que el señor De la Huerta tenía en el campo político en Sonora, como diputado local, hizo que unánimemente le comisionara el congreso para que como único representante del Estado asistiera a la convención de Monclova a fin de unir a Sonora con Coahuila, dejando a su criterio la aceptación de que la primera jefatura quedara en Coahuila, o pelearla para Sonora si así le parecía conveniente.

Aquella convención de Monclova fue convocada por don Venustiano Carranza como gobernador del Estado. Originalmente se había señalado Piedras Negras, y se deberían reunir los delegados de los diversos Estados para escoger el primer jefe del Ejército Constitucionalista.

Había aparecido, con fecha 26 de marzo de 1913, es decir, dos meses después del cuartelazo, un proyecto de plan suscrito por varios coahuilenses, insinuando la conveniencia de que se nombrara al gobernador de Coahuila como jefe. En realidad, ese documento no fue más

que un proyecto de algunos jóvenes, muy probablemente movidos por el propio Carranza para orientar en ese sentido la opinión a fin de que prevaleciera en la convención, pero no era un documento formal y sólo había sido originado por amigos del señor Carranza, tomando el nombre de Guadalupe con el propósito de que la memoria de la Virgen de Guadalupe le sirviera, como había servido al cura Hidalgo en el movimiento de independencia.

Tal proyecto no podía tener la aprobación de Carranza, ni su aceptación de la primera jefatura, cosa que, por otra parte, habría sido inoportuna, ya que no había sido efectuada la convención en la que habría de señalarse primer jefe.

Actualmente se celebra la fecha del 26 de marzo como la del Plan de Guadalupe, pero de hecho no fue entonces cuando se reconoció a don Venustiano Carranza como jefe.

De la Huerta, como se ha dicho, asistió a la convención de Monclova como representante oficial del gobierno de Sonora. Llevaba, además, la representación de los principales jefes militares, como eran Cabral, Alvarado, Obregón, Urbalejo, José María Acosta, y Calles, aunque este último en realidad no figuraba entonces aún como jefe de nota, era únicamente ex comisario de Agua Prieta que al frente de algunos hombres estaba en la línea divisoria pasando lista de presente y contando tan sólo con dos o trescientos hombres. Tampoco Diéguez figuraba aún, por más que, siendo presidente municipal, se levantó en armas en Cananea en 1913 y tomó parte en varias acciones guerreras.

Esas representaciones llevó el señor De la Huerta a la convención de Monclova, donde presentó sus credenciales; pero hay un detalle interesante previo a su llegada y ello consiste en que cuando De la Huerta telegrafió al señor Carranza en Monclova, diciéndole que salía para Coahuila llevando la representación del congreso, del gobernador del Estado y de todos los jefes militares, Carranza contestó telegráficamente instruyéndole que se entrevistara en El Paso con un comisionado suyo (que resultó ser Alfredo Breceda) que le esperaría en el hotel Sheldon. Juntamente con Roberto Pesqueira, se presentó en el lugar de la cita, pues en el camino había teleografiado a Pesqueira para que le acompañara y como Roberto objetara que no llevaba representación alguna, De la Huerta le dijo que se llevara la representación personal del gobernador del Estado y para ello telegrafió al general Ignacio L. Pesqueira, que aún conservaba el carácter de gobernador del Estado y su grado militar, y éste aceptó otorgar su representación a Roberto.

Se encontraron en El Paso con el comisionado de Carranza, que como ya se ha dicho resultó ser Alfredo Breceda quien saludó al señor

De la Huerta efusivamente, recordándole y agradeciéndole el servicio que en otra ocasión había recibido de él.

—Yo quisiera dar una vuelta por Sonora —dijo Breceda y comenzó a platicar buscando un pretexto plausible para acompañarle a su Estado.

—No andemos con rodeos —repuso De la Huerta—, usted está aquí, según el telegrama del señor Carranza, para entrevistarse conmigo y estoy seguro que ese viaje a Sonora que usted quiere hacer, tiene por objeto verificar si realmente tengo las representaciones que telegráficamente he comunicado al señor Carranza.

—No es precisamente desconfianza —repuso Breceda un tanto apenado.

—No; si eso no me molesta, por el contrario; su cautela me hace formarme una opinión favorable del gobernador de Coahuila, pues veo que es hombre cuidadoso. Así es que vamos.

Hicieron el viaje hasta Sonora. Breceda fue presentado por De la Huerta con los jefes militares y asistió a una sesión del congreso local en la que se confirmó la representación respectiva.

La cautela de Carranza, por lo demás, estaba justificada, pues no era lo normal que un solo individuo representara a todos los poderes de un Estado, ya que en semejantes ocasiones generalmente se nombraban comisiones.

Verificadas por Breceda las múltiples representaciones otorgadas al señor De la Huerta, ambos, después de recoger a Roberto Pesqueira que se había quedado en El Paso, se dirigieron a Monclova, donde llegaron el día 14 de abril de 1913.

En la estación, a recibirlos, estuvo don Venustiano Carranza.

Juntamente con los dos representantes de Sonora, llegaron los de Durango y Chihuahua, que eran el doctor Samuel Navarro y el profesor García a quien apodaban El Cócono y algunas otras personas más.

Acompañaban a Carranza algunos otros delegados que habían llegado procedentes de Nuevo León, don Pablo González que acababa de llegar de Chihuahua incorporándose a las fuerzas de Coahuila con 480 carabineros. Esa fue la primera ocasión en que don Pablo y don Adolfo de la Huerta se encontraron; las presentaciones las hizo don Venustiano.

El arribo había sido ya caída la tarde; por la noche el señor Carranza les invitó a cenar en una casa particular cercana al hotel, donde tenía el cuartel general, un edificio que estaba en la estación Monclova, a unos dos o tres kilómetros del pueblo.

Platicaban todos menos Carranza, que se limitaba a escuchar. Pero al ponerse de pie algunos de los presentes que deseaban conocer la población, De la Huerta se le acercó diciéndole:

—Señor Carranza: yo traigo una representación que me da una grave responsabilidad, tanto así, que usted mismo no quería convenirse de ella y por eso, haciendo perfectamente, mandó usted un agente de su servicio secreto para que lo confirmara. Yo querría, pues, saber a quién escogemos como jefe. Tengo profundas simpatías por usted, pero le conozco nada más por algunas referencias que me han llegado y por lo poco que hablamos telegráficamente en pasada ocasión. Eso pesa en mi ánimo y me inclina en su favor, pero no conozco aún su manera de pensar. Nada habló usted durante la cena y yo quisiera conocer sus puntos de vista sobre el movimiento revolucionario, su modo de conducirlo, sus apreciaciones sobre la cuestión social, etc., etc.

—Muy bien —replicó Carranza—, vamos allá, al hotel; allí platicaremos. —Y efectivamente allí estuvieron hablando hasta las dos de la mañana. En aquella plática Carranza expuso sus puntos de vista; hizo hincapié en la libertad municipal; en el nuevo catastro; consultó con De la Huerta cómo sería recibida la Ley del Divorcio en Sonora, del cual se mostró muy partidario. De la Huerta estuvo conforme en todos sus puntos de vista y, de paso, hay que hacer notar que posteriormente se dijo que Palavicini había sido el iniciador de la Ley de Relaciones Familiares, porque fue el primero en acogerse a ella, pero no fue así; la iniciativa fue de Carranza desde entonces. De la Huerta le planteó algunas cuestiones obreras y Carranza se manifestó partidario de ellas pero no muy entusiasta en cuanto a la formación de sindicatos y uniones que les fortalecieran en su lucha contra el capitalismo. Habló también Carranza de la nacionalización del subsuelo; mencionó igualmente la conveniencia de ser enérgicos con el enemigo y llevar el movimiento a todos los confines de la República sin aceptar ninguna oportunidad de acortar la lucha. Quería que se extendiera por todas partes y durara el mayor tiempo posible, para "desescombrar" completamente, según su propia expresión. Habló de la Ley de Juárez del 62 estableciendo la pena de muerte para todos los enemigos. Ahí De la Huerta le hizo notar los inconvenientes de tan drástica resolución, pues daba oportunidad a jefes militares, fuera del control de la primera jefatura, para ejercer venganzas de carácter personal que desprestigiarían el movimiento; pero Carranza se mantuvo firme y enérgico, haciendo notar que era necesario aplicar la pena de muerte a los que habían servido a Victoriano Huerta y los que con las armas en la mano, directa o indirectamente combatieran al constitucionalismo. La dis-

cusión sobre ese punto duró más de una hora, pero Carranza no cedió un instante. Cuando más tarde la Ley fue proclamada y puesta en vigor, los temores de De la Huerta quedaron justificados, pues fueron numerosas las víctimas y grande el descrédito del movimiento reivindicador.

En aquella convención, lo fundamental era escoger jefe del movimiento, y por unanimidad casi absoluta salió electo el señor Carranza al que desde entonces comenzaron a llamar primer jefe del Ejército Constitucionalista. Eso fue el 18 de abril de 1913.

Se ve pues, que la fecha que debía conmemorarse no es la del 26 de marzo, sino la del 18 de abril, como aniversario del Plan de Guadalupe, ya que fue entonces cuando tomó forma y se consideró seriamente el proyecto que habían suscrito algunos ayudantes o amigos del señor Carranza.

La verdad de las cosas es que aquel papel que hicieron circular y que se decía firmado por ellos en Guadalupe, nadie puede asegurar que fuera realmente así. Después han aparecido muchos reclamando el mérito de haber estado allí, pero no ha habido comprobación ni aclaración satisfactoria. Casi todos decían: "Yo no fui, pero sí supe que fueron algunos"... Lo más probable es que todos, o casi todos, hayan firmado en Saltillo o en Monclova.

Después de la Convención y ya elegido Carranza como primer jefe del Ejército Constitucionalista y aprobado por todos el proyecto del Plan de Guadalupe, dijo Carranza:

—Muy bien; ahora nos queda a todos los aquí presentes colaborar con todo entusiasmo para el derrumbamiento de este régimen usurpador. Como acabamos de conocernos prácticamente en estos dos o tres días que hemos estado juntos, no tengo una idea exacta de la forma en que ustedes pueden colaborar mejor dentro del movimiento conmigo y ustedes me pueden hacer sugerencias para las diversas comisiones que pudieran desempeñar.

El primero en contestar a aquella indicación fue Roberto Pesqueira:

—Tengo —dijo— muy buenas conexiones en Washington y Nueva York; puedo ser útil en aquella región como representante del movimiento constitucionalista. Fue aprobado por todos y se incluyó el nombramiento de Roberto Pesqueira dentro de los acuerdos de la convención. El profesor Andrés García pidió la representación en El Paso como cónsul. El Lic. Juan Neftali Amador la de encargado de asuntos internacionales como consejero. El doctor Samuel Navarro, por conocer personalmente y ser amigo de Francisco Villa, pidió llevarle su

nombramiento de general aceptando desde luego el de jefe de su Estado Mayor para él mismo. De la Huerta guardaba silencio.

—¿Y usted, señor De la Huerta? interrogó Carranza.

—Yo no quiero comisión alguna; sólo quiero disfrutar de algún privilegio del que ya le hablaré a usted después. —Carranza asintió y cuando hubieron retirádose los demás, interrogó:

—Bueno, ¿cuál es ese privilegio que usted solicita?

—La autorización para hablarle a usted siempre con la verdad, sin eufemismo, con mi franqueza costeña y fronteriza, sin que nunca tome usted a falta de respeto mi rudeza ni la expresión clara y terminante de lo que es o sea el sentir de nuestro pueblo según mi apreciación y también mis opiniones recogiendo esos sentires y esas apreciaciones del pueblo mexicano.

—Muy bien —replicó Carranza— tendrá usted ese privilegio —y le estrechó la mano cordialmente; sin embargo, De la Huerta insistió:

—Pero que no se le olvide nunca; que siempre encuentre yo buena disposición de usted para llevarle mis informes.

La noche del último día sostuvieron aún una conversación interesante:

—Quiero hacer referencia —dijo Carranza— a acontecimientos pasados para tomar ciertas providencias. Cuando Pancho Madero nombró su gabinete en Ciudad Juárez y a mí me tocó ser ministro de la Guerra, mi nombramiento causó disgusto entre algunos jefes, particularmente Pascual Orozco y Villa, y pretextando algún otro asunto, se presentaron ante el señor Madero.

El señor De la Huerta tenía ya algunas noticias de aquellos hechos.

—Es necesario —continuó Carranza— que conozca usted este episodio para que sepa qué es lo que debemos esperar en el desarrollo del movimiento. Estuvieron insolentes Orozco y Villa, pero a pesar de que el primero de ellos era el que llevaba la voz cantante, el que formulaba la protesta, la mirada de Villa se me grabó, porque traía intenciones de ir todavía más lejos de lo que pretendía Pascual Orozco. —Y al pronunciar aquellas palabras, Carranza parecía estar nuevamente bajo la mirada amenazadora de Villa.

—Nos salvamos gracias a la entereza y valor de Pancho Madero, y quedaron las cosas como quien dice prendidas con alfileres, tanto así que cuando terminó el incidente y salimos con bien, le dije a Pancho: yo, que he sido contrario a esos arreglos con los delegados que vinieron de México, al ver esto, me inclino a que firmemos cuanto antes esos convenios con los delegados del gobierno, pues si hoy nos ladran, mañana

nos muerden. Y de allí vinieron los cambios de impresiones y cambios de orientación de don Pancho Madero.

Recordando esto he creído conveniente tomar nuestras providencias. Villa es un gran guerrero, es un gran organizador y un gran general; estoy seguro de que muy pronto lo vamos a ver al frente de corporaciones numerosas y digo esto porque me di cuenta de su actuación atacando por el flanco las columnas oroquistas cuando el avance de Victoriano Huerta y todos los informes que tengo son en el sentido de que este es un hombre tremendo, terrible, pero como es hombre sin freno, casi un inconsciente, es sumamente peligroso y debemos estar prevenidos.

Esas eran las palabras de Carranza, pero el señor De la Huerta sentía que más que todo estaba un poco adolorido por algo que le había llegado muy hondo en el asunto aquel de la protesta de Orozco y Villa en Ciudad Juárez con motivo de su nombramiento como ministro de la Guerra.

—Por eso creo conveniente —continuaba Carranza— que tomemos nuestras medidas para preservarnos de la amenaza de Villa. Esas fuerzas que voy a mandar rumbo a Tamaulipas, es con el objeto de formar allí una división. El coronel que le presenté esta mañana, Pablo González, es un jefe aguerrido, muy leal a mi y con mucha experiencia. Ha hecho una campaña muy brillante con los carabineros de Coahuila combatiendo al oroquismo. Ese irá a Nuevo León para organizar otra división. Aquí, en Coahuila, dejaré a Pancho Coss y a mi hermano Jesús. —Después preguntó cuáles eran las providencias que en el concepto de De la Huerta había que tomar en Sonora.

—Yo traigo —replicó De la Huerta— la representación de todos y todos son mis amigos y no puedo opinar en favor de Juan, Pedro o Francisco, pero se los voy a describir con toda imparcialidad y usted escogerá. —De la Huerta hablaba así porque entendía que lo que Carranza buscaba era escoger un buen "gallo" que, llegado el momento, pudiera enfrentarse con Pancho Villa.

Comenzó por hablarle de Juan Cabral haciendo notar su honorabilidad, su revolucionarismo; elemento de 1910, de los primeros que se lanzaron a la lucha en Sonora; hijo de portugués y de mexicana, nacido en La Colorada, criado en Cananea; hombre muy querido, muy sensato, sin vicios y revolucionario sincero, luchando en favor de las clases populares. Incidentalmente hizo notar que hablaba muy bien inglés.

Habló en seguida del entonces coronel Benjamín G. Hill describiéndole como un hombre que también había sido partidario del movimiento maderista desde antes de la revolución; que había sido encar-



celado, por cuya razón tuvo pocas acciones militares en 1910. Valiente, como lo había demostrado en dos o tres combates que había tenido ya en las postrimerías del movimiento; culto, habiendo sido educado en Europa, en Italia, popular, fogoso y de gran magnetismo personal.

Describió después a Salvador Alvarado como hombre muy inteligente que juntamente con él se había iniciado en el estudio de los aspectos sociales de nuestra política y nuestros anhelos. Identificado con el señor De la Huerta para buscar el mejoramiento del proletariado mexicano, explicó después que había pasado a Guaymas. Se habían conocido en Potam cuando Alvarado era segundo de su padre, Timoteo Alvarado, y desde el principio de su amistad le había manifestado a De la Huerta deseos de buscar ambiente distinto al que ahí tenía. Su amigo le consiguió empleo en Guaymas y allí, frecuentemente juntos, estudiaban los diferentes aspectos del mundo social. Alvarado era de tendencia socialista muy marcada y pronto se encariñó con la idea de ir a la lucha. Probablemente con ese propósito fue al mineral de Cananea. La influencia de su amigo De la Huerta se dejó sentir desde que éste le facilitó alguna obra sobre cuestiones sociales y le desvió su afición por la química. Alvarado tenía una obrita de Langlebert y quería encarrilar sus estudios por ese lado. No —le dijo De la Huerta—, yo estudié a Istrati en México, una obra mucho más extensa, un mejor texto y no me atrajo la química. Es mejor que nos dediquemos a estudios sociales.

Alvarado, como ya lo había explicado el señor De la Huerta, se trasladó a Cananea estableciendo allí algún negocio y allí lo alcanzó la persecución del gobierno. Cuando se sintió acosado fue a esconderse en su propia casa diciendo a su esposa que no abriera la puerta a nadie y él se fue al patio. La señora le obedecía ciegamente y cuando llegaron a llamar a la puerta los primeros esbirros en busca de Alvarado, ella no abrió, pero entonces comenzaron a gritarle: "señora, somos amigos de su esposo; somos amigos de Salvador y venimos a salvarlo", y engañada por aquellas palabras y no obteniendo respuesta de su marido cuando le consultaba de lejos, abrió la puerta. Cayeron sobre ella y la sujetaron mientras buscaban a Alvarado. La impresión que recibió la señora fue tal, que perdió la razón y posteriormente fue internada en un sanatorio para dementes.

Mientras tanto, Alvarado saltó la tapia y escapó por la parte trasera de la casa. Favorecido por la obscuridad emprendió el viaje rumbo a la frontera, logró cruzarla y allí se encontró con Juan Cabral, Rafael Romero y Pedro Bracamontes y los cuatro se establecieron en un pueblecito de Arizona llamado El Rey, esperando la iniciación del mo-

vimiento armado. Cuando la fecha llegó, fueron a presentarse a la Junta Revolucionaria de Nogales, de la que el señor De la Huerta formaba parte.

Todos esos antecedentes y detallados informes dio a don Venustiano el señor De la Huerta, agregando que Alvarado era revolucionario sincero, hombre muy inteligente que pese a su rudimentaria instrucción se había ido puliendo por su propio esfuerzo y sus anhelos de saber. Valeroso en la acción, como lo demostró, entre otras, en la batalla de Ojitos y otras que juntamente con Obregón sostuvieron en la columna del general Sanginés.

—Por último —continuó informando De la Huerta—, tiene usted al coronel Obregón; hombre de poca cultura que, sin embargo, suple sobradamente con una muy brillante inteligencia. Muy insinuante, locuaz, jovial y además se ha distinguido ya en las pocas acciones de guerra que ha tenido, como militar de gran porvenir. De él me dijo Sanginés: 'Si este muchacho se dedica a soldado, va a ser un buen militar' pero debo aclarar que no fue de 1910; él más bien fue porfirista o reyista. Lo acusan de lo uno y de lo otro, pero es un hombre que vale.

## CARRANZA ESCOGE A OBREGON

**P**UES ese que sea el jefe —repuso Carranza—. De una manera discreta y sin lastimar a los demás, procure usted decirle al gobernador Pesqueira que sea él a quien señalemos.

La actitud de Carranza mostraba claramente desde entonces, que no se inclinaba mucho por los maderistas como lo eran Cabral, Benjamín Hill y Alvarado, sino más bien por el que no lo había sido. Y eso coincide con el cargo que posteriormente y desde aquella época se le hizo de no sentir simpatía por los elementos maderistas. De la Huerta, usando de la franqueza que siempre tuvo con Carranza y que fue lo que de él solicitó, alguna vez le dijo:

—Señor Carranza, se le acusa a usted de tener pocas simpatías por los maderistas.

—Pues están equivocados ¿no lo tengo a usted aquí?

—Pero una golondrina no hace verano.

—Lo que sucede es que no quiero a aquellos que fueron la causa de la ruina de Pancho Madero —y se refirió después a algunas perso-

nas que habían sido desairadas al presentarse en Piedras Negras ante la primera jefatura.

Así fue como Obregón obtuvo esa hegemonía a la que al principio no tenía derecho, pues en el terreno militar era tan sólo una promesa y aunque como promesa era brillante, no podía comparársele con los otros posibles candidatos. Acaso Carranza, con aquella idea fija de defenderse de Villa tarde o temprano, escogió a quien intuitivamente le pareció el mejor paladín sin tomar en consideración méritos revolucionarios ni tendencias sociales.

## EL DECRETO DE CARRANZA DE 10 DE MAYO DE 1913

**D**ESPUES de la batalla de Santa Rosa, encontrándose el señor De la Huerta en el campamento del general Alvarado, recibió la correspondencia que de Hermosillo le enviaban y, entre ella, una comunicación de la primera jefatura en la que se comprendía el decreto de 10 de mayo de 1913 relativo a la creación y establecimiento de Comisiones Mixtas de Reclamaciones.

Leído con toda atención, el señor De la Huerta encontró impropio aquel acuerdo de la primera jefatura, se lo mostró a Alvarado exponiéndole su opinión y Alvarado estuvo de acuerdo con ella, diciendo que, en efecto, encontraba en ello una amenaza para nuestra soberanía si dos comisionados americanos vinieran a intervenir en nuestros asuntos internos para determinar los daños causados por la revolución y que le parecía conveniente que le llamara la atención al señor Carranza sobre el particular. Ese mismo era el propósito de don Adolfo que sólo esperaba tener elementos para trasladarse a Coahuila, a Piedras Negras, que era donde se encontraba el señor Carranza. Alvarado le completó los dineros necesarios con doscientos cincuenta o trescientos pesos y ya con eso y sus propios fondos, emprendió el viaje primeramente a Nogales y de allí a Piedras Negras.

Al llegar a su destino, y usando de la autorización que tenía para hablar siempre con toda claridad, hizo ver a Carranza el error que en su concepto se cometía con la formación de comisiones mixtas. Y al hacerle tal apreciación, explicó que era la manera de pensar de todos los elementos sonorenses, es decir, del Estado donde Carranza pensaba llegar al salir de Coahuila acosado por las fuerzas federales.

—Tiene usted razón —replicó Carranza—. Efectivamente, es un error establecer esas comisiones, y en primera oportunidad trataremos de derogar ese decreto. Al fin y al cabo, como no hemos tenido periódico oficial, no ha sido publicado aquí. No lo he entregado a El Demócrata y se ha quedado aquí únicamente en mi secretaría y como usted tampoco lo publicó en Sonora, en ninguno otro lugar se ha dado a la luz pública. —Y después, charlando en forma amistosa y confidencial le dijo:

—Pues le sacaremos todo el provecho que sea posible mientras llega el momento de derogarlo.

Había hecho gestiones ante Carranza el doctor Tooper, presidente del Bureau Pro Paz de Washington, un organismo semioficial con aspecto de junta independiente que existía en la capital de los Estados Unidos operando bajo esa denominación. Refiriéndose a él, Carranza dijo:

—Vino aquí y se me presentó haciéndome ver el buen deseo del Presidente Wilson para nosotros, toda vez que su antagonismo con Victoriano Huerta lo alejaba de aquel usurpador y tenía que coincidir con nosotros en nuestra protesta por los atentados contra el presidente y el vicepresidente—. También dijo que constantemente los representantes de los intereses extranjeros en México trataban de presionar su ánimo para que se inclinara en favor de Huerta y descalificara el movimiento revolucionario pues se esperaba de éste formas sociales inconvenientes para las inversiones de capital y que él quería ayudar a la revolución en forma indirecta, toda vez que no procedía inmiscuirse en nuestros asuntos internos ni nosotros los habríamos aceptado y que le debíamos ayudar en esa forma, estableciendo esas comisiones mixtas para que ellos tuvieran la esperanza de que al triunfo de la revolución pudieran recuperar lo perdido a causa del movimiento armado a que teníamos que recurrir para derrocar al usurpador.

Después Carranza dijo a De la Huerta que necesitaba que se quedara algunos días cerca de él. Al día siguiente, procedente de San Antonio, llegó el doctor Tooper acompañado de una bellísima joven y fue presentado al señor De la Huerta. La dama era hija de Tooper y, para De la Huerta, era además la explicación de la inclinación de Carranza a complacer los deseos del padre.

El señor Carranza era admirador de todas las mujeres bellas e incapaz de decir "no" a solicitud formulada por labios tan encantadores. Además, en el caso, ella fungía como intérprete, pues hablaba unas cuantas palabras de español y aquello la hacía doblemente atractiva. Pero aun sin sus conocimientos lingüísticos, era de una belleza muy llamativa y tenía todos los encantos de una muchacha de buena sociedad.

Posteriormente contrajo matrimonio con el general Marshall, el autor del Plan Marshall en Europa. Volvió a visitar México pocos años ha en compañía de su esposo y estuvieron en Cuernavaca hospedados en la casa de Palmira. Mucho se rumoró entonces que había venido el general a tratar algunos asuntos de cooperación en la guerra o cosas por el estilo. Aun después de los años transcurridos, la hoy señora de Marshall lucía una belleza extraordinaria y una extraordinaria distinción.

Volviendo al decreto, éste, como Carranza había dicho a De la Huerta, quedó en su secretaría y nunca estuvo en vigor porque posteriormente fue derogado pero solamente para aquéllos para los cuales pudo haber estado en vigor.

Sin embargo, cuando años después (1917 ó 1918) el general Cándido Aguilar formó aquel cuaderno o libro con todos los decretos y resoluciones del señor Carranza en asuntos internacionales, ignorando estos antecedentes, lo incluyó entre los decretos dados por la primera jefatura y así puede verse en esa obra que lleva por título La Gestión Internacional del señor Carranza o algo por el estilo. También Juan Barragán hace alusión a ese mismo decreto como si hubiera estado vigente, en su libro El Ejército Constitucionalista; pero es evidente su no-vigencia, pues al triunfo del señor Carranza subsistió la Comisión Nacional de Reclamaciones establecida en la época del señor Madero y no se formaron nunca las Comisiones Mixtas de Reclamaciones. Sin embargo, Pani se valió de tal decreto para convencer a Obregón de que él (Pani) tenía razón y De la Huerta estaba equivocado al oponerse a la formación de tal clase de comisiones mixtas.

—Si el señor Carranza, que era tan escrupuloso en el campo internacional —argumentaba Pani— aceptó esta forma ¿por qué nosotros no la vamos a aceptar ahora que la necesitamos para el reconocimiento? —Y Obregón, ignorando lo que se ha referido, aceptó el argumento.

Y aquí citamos nuevamente en forma textual las palabras de don Adolfo de la Huerta:

“Y no habiéndome comunicado esa razón que tenía para inclinarme a la opinión de Pani, cayó en el error de seguir sus sugerencias. Pani, de hecho estaba actuando como agente de los Estados Unidos para bienquistarse con ese país. Los documentos relativos han sido publicados por la revista IMPACTO. Algunos boletines se tomaron de las publicaciones

del Departamento de Estado americano y al principio se creyó que tales documentos procedían de mis archivos, pero posteriormente, cuando a mí también me atacaron feroz y calumniosamente, ya separaron mi nombre de esas acusaciones a Obregón y Pani”.

Tan le preocupaba al señor Carranza el error cometido, que cuando se trasladó desde Coahuila, en aquella penosa peregrinación que hizo hasta Sinaloa, pasando por Chihuahua y en el camino asistiendo al ataque de Torreón, en donde fueron derrotados los Arrieta con él a la cabeza, llegó a El Fuerte; allí esperaban don Adolfo de la Huerta, Alvaro Obregón y Alfredo Breceda y al ver al primero de ellos, le dijo abrazándole: “Ahora que llegemos a su tierra derogamos el decreto aquél”. Efectivamente, cuando llegaron a Hermosillo le dijo: “Volviendo al asunto de las comisiones mixtas, creo que, como el decreto no se publicó, pues no procede levantar polvareda haciendo rectificaciones; no es conveniente. Como esto fue únicamente para los Estados Unidos, si nosotros lo nulificamos ante ellos es suficiente. ¿No le parece?”

—Me parece muy bien —repuso De la Huerta.

—Aquí ustedes han tomado a Mr. Weeks (el corresponsal de la prensa americana que siempre andaba cerca de la primera jefatura) como agente del Departamento de Estado que, con el carácter de periodista, viene a inquirir lo que pasa entre nosotros. Pues con decirselo a él, él lo transmitirá a la Casa Blanca y allá tomarán nota.

Y así se hizo. Mr. Weeks recibió la información directa del señor Carranza en el sentido de que fue derogado el decreto aquel y la transmitió a Washington. Inmediatamente Washington se alarmó y nombró un delegado, el Dr. William Bayard Hale, que se presentó pidiendo una audiencia con el señor Carranza en Nogales, y allí, en la aduana, se verificaron las pláticas. Carranza quiso que el señor De la Huerta estuviera presente. Ignacio Bonillas (posteriormente candidato a la presidencia) fungió como intérprete. También pidió Carranza la presencia del Lic. Francisco Escudero, encargado, entonces, de la Secretaría de Relaciones y Hacienda.

El delegado americano trató de mil asuntos sin mayor importancia pero a la postre quiso llevar la discusión a la cuestión de las comisiones mixtas y al decreto derogado. Carranza no le permitió hablar mucho sobre tal tema. En forma bastante severa le marcó el alto y puso

fin a aquella conferencia. Así terminaron las cosas, quedándose en cartera, en los archivos de la Secretaría General de don Venustiano la copia que, como ya se ha dicho, sirvió para que equivocadamente, los que vinieron después, la incluyeran para señalar la política internacional del señor Carranza, cuando, de hecho, subsistió la Comisión NACIONAL de Reclamaciones y nunca Comisiones MIXTAS.

## DON ADOLFO DE LA HUERTA Y LA TRIBU YAQUI

COMO se ha referido en capítulos anteriores, el señor De la Huerta tuvo siempre buenas relaciones con los indios yaquis, pues heredó el afecto que éstos tuvieron por su padre y por su abuelo y además, él, personalmente, siempre los defendió y ayudó en lo que pudo.

Cuando ocupó provisionalmente la gubernatura del Estado de Sonora, en mayo de 1916, encontró oportunidad de pacificar nuevamente a los yaquis.

Vivia entonces el gobernador De la Huerta en una casa de dos pisos frente a la cervecería de Sonora. Su recámara quedaba en el piso alto. Una mañana llamaron a la puerta; la sirvienta bajó a ver de quién se trataba y subió toda azorada diciendo que un indio alzado estaba allí.

Para los sonorenses del sur eran muy conocidos los indios alzados en armas: pelo largo, sus tres cananas siempre repletas de parque; sus huaraches y su tipo recio y fuerte; cara de hombre de acero. Aquellas eran sus características.

Don Adolfo ordenó que le dejaran pasar.

—Pero si es alzado, señor —protestó la sirvienta.

—Mejor; pásalo a mi despacho.

Se levantó, se puso una bata y dijo a su visitante que tan pronto como se diera un baño, volvería a atenderlo. El indio pidió un vaso de agua que le fue servido. El gobernador tomó su baño y volvió.

Venia como emisario de la tribu, dijo el indio; se llamaba José Crispín, y continuó:

—No encontré ningún rondín por las calles; estás mal cuidado aquí. Y luego, no tienes escolta.

—No; ¿para qué escolta?

—Pues qué, ¿no eres el gobernador?

—Sí, sí lo soy; pero no le hago mal a nadie.

—Pero también a los que no hacen les hacen. Eramos tres los que veníamos: uno de parte del Matus, otro de parte del Mori y otro de Luis Espinosa, pero nos dijo un carrero que Calles estaba matando a los indios y los otros dijeron: No; pues entonces nos devolvemos. Yo les dije que debíamos de verte a ti, pero ellos dijeron que Calles es el que tiene las fuerzas y tuvieron temor. Yo dije: no; yo voy a ver a Adolfo de cualquier manera. Bueno, pues si tú te vas, dijeron, entregas el arma, porque ya que te vas a perder tú, que no se pierda el arma; y me costó trabajo que no me quitaran ni el arma ni el cuchillo.

—¡Qué bien hiciste en venir! ¡Y cómo supieron que había yo llegado?

—Lo leímos en La Gaceta. De vez en cuando cae algún número del periódico y entonces lo leemos; y el que recogimos allí en las Guásimas a unos que caminaban en guayín, traía la noticia de tu llegada. ¿Te acuerdas de mí?

Don Adolfo no le recordaba, pero por cortesía le dijo que sí.

—¿Te acuerdas cuando el ataque de Ortiz y después cuando bajamos a recibir a los señores que vinieron de México? Pues aquí me tienes para hacer la paz contigo; pero que no vaya a creer el gobierno que nos rendimos; nosotros no nos rendimos nunca, siempre estamos listos para pelear y no nos vamos a acabar, porque al venado lo persigue el yaqui, lo persigue el yori, lo persigue el gringo y no se acaba... y no tiene armas. Y a nosotros no nos persigue más que el yori; porque el gringo no nos persigue; allá tenemos nuestros parientes, del otro lado, y no nos hacen nada. Así es que no nos acabamos. Vamos a hacer la santa paz porque te tenemos confianza y queremos que sepa el gobierno eso. (Hacia una distinción muy clara entre Adolfo de la Huerta y el gobierno).

—No tengas cuidado; está bien; nadie va a creer que por miedo; todos reconocen la hombría de ustedes, su decisión para la lucha, una lucha justa.

—¿No me das un vestido como ese que te acabas de poner? —preguntó el indio al ver vestirse a don Adolfo. Este ordeno que la trajeran otro de su guardarropa y siendo más o menos de su cuerpo, le quedo justo.

—Pero antes —dijo don Adolfo— te me bañas. Mira, te vas allí al baño, como yo me bañé tú te vas a bañar y luego vas a que te corten el pelo. El indio entró al agua provisto de su jabón y salió muy contento del baño. Don Adolfo le dio ropa interior, zapatos, todo. En su propio automóvil lo envió a la peluquería y a la media hora se pre-



sentó el emisario transformado por completo. A pie emprendieron el viaje a Palacio. La plaza toda, frente a Palacio, estaba llena de indios yaquis de los llamados "mansos"; todos ellos sabían de la llegada del emisario, pues el espionaje entre ellos es algo notable. El indio caminaba al lado del gobernador y levantando la mano les hizo un saludo, reconociendo que su presencia se debía a que él había llegado. El gobernador también saludó y entraron a Palacio del brazo, para que vieran los demás indios cómo era recibido su representante.

—Aquí tienes estas oficinas que son mías y son tuyas —dijo el gobernador. El indio se sentó a un escritorio, pidió lápiz y escribió muchas cartas. Sabía escribir, por eso era el secretario del Matus. Mandó sus cartas. Más tarde se recibió aviso de los indios que bajarían hasta determinado lugar y que querían ver allá a su amigo De la Huerta.

Don Adolfo aceptó la invitación y a su paso por Guaymas, cuando llegó a saludar a sus familiares, tanto ellos como todos los amigos trataron de disuadirlo, pues sabían que iba sin escolta a encontrarse con los yaquis alzados. Todos opinaban que era una locura, pero él les aseguró que no corría ningún peligro pues tenía entera confianza en la buena fe y amistad de los yaquis. Hasta los miembros de la Cámara de Comercio fueron a la estación a tratar de disuadirlo, pero por supuesto no lo consiguieron. Hizo el viaje, se encontró con ellos, estuvo toda la tarde y toda la noche, el siguiente día también estuvo con ellos y ya tarde regresó a Guaymas para probar a sus amigos que él tenía razón y que ellos habían desconfiado sin motivo de la buena fe de los yaquis.

Don Adolfo se fue a Hermosillo y allá fueron los indios a pagarle la visita con gran desazón de todos los guaymenses cuando los indios pasaron por Guaymas y de los hermosillenses cuando vieron que llegaban a ocupar los cuarteles que habían sido de los federales y un salón del Ayuntamiento, donde fueron alojados quedando muy bien instalados.

En esos días el gobernador tuvo que hacer una visita a Ures y llevó consigo a los tres jefes: Matus, Mori y Espinosa. Volvieron después a Hermosillo y estuvieron en completa paz.

El señor De la Huerta comunicó a don Venustiano las bases sobre las cuales había hecho la paz con los yaquis y fueron totalmente aprobadas por el jefe, con lo cual los indios siguieron en completa paz.

Por lo que hace a la restitución de tierras, de las que eran legítimos propietarios los indios, se prometió a los que aparecían como tales que se les pagaría el valor de los terrenos una vez que se hiciera el

peritaje y avalúo para determinar el valor real de las propiedades. Los aparentes propietarios no recurrieron en aquella época ante el gobernador, porque, siendo éste interino o provisional, consideraron que era mejor esperar el nombramiento de uno constitucional que quizá fuera de tendencia diversa. Tres años después, el señor De la Huerta volvió a ocupar la gubernatura del Estado, esta vez por elección popular e hizo la segunda pacificación, que no fue sino continuación de la primera y fue la que verdaderamente cimentó los lazos de amistad entre la tribu y don Adolfo y les hizo tener más confianza en él puesto que le trataron más que antes.

Debe hacerse notar que antes de que don Adolfo ocupara la gubernatura interina de Sonora, él era el único que se inclinaba a hacer arreglos para pacificar a la tribu yaqui, pues tanto Obregón como Calles, Diéguez y la casi totalidad de los elementos militares, eran partidarios de que siguiera la campaña hasta el total exterminio de la raza yaqui.

## LAS ASPIRACIONES PRESIDENCIALES DE OBREGON

Siendo don Adolfo de la Huerta gobernador provisional del Estado de Sonora, y Gilberto Valenzuela su secretario de gobierno, el señor Carranza le mandó llamar a Querétaro, en diciembre de 1916 para hacerle un encargo de gran trascendencia que fomuló más o menos en los siguientes términos:

—He tenido que apechugar con la responsabilidad de los desmanes y tropelías cometidos por los jefes revolucionarios fuera de mi control. Tengo una gran responsabilidad ante la historia a consecuencia de ello; y puesto que he estado "a las duras" creo que tengo derecho a estar "a las maduras". Terminado el congreso constituyente se organizará un gobierno de observancia legal y considero que yo debo figurar a la cabeza del mismo para demostrar al mundo que soy hombre de orden y de gobierno y no la figura que han pintado mis enemigos, que sólo me juzgan a través de los errores de algunos de mis jefes militares.

Aquella exposición del señor Carranza obedecía al hecho de que tanto el general Obregón como Pablo González habían iniciado sus trabajos preparatorios para lanzar sus respectivas candidaturas a la

presidencia de la República. Y aunque el primero contaba con una más brillante ejecutoria militar, el segundo también tenía prestigio por ser un buen organizador. En resumen, los dos tenían posibilidades de lograr un triunfo en los comicios ya que el prestigio del señor Carranza, como él mismo lo reconocía, había sufrido perjuicio por su falta de control sobre ciertos jefes militares.

Don Adolfo convino en que las aspiraciones del señor Carranza eran muy justificadas y éste, entonces, le suplicó que convenciera primero al Gral. Obregón para que renunciara a sus aspiraciones presidenciales, haciéndole ver que aún era joven, que tenía mucho tiempo por delante para adquirir una preparación que no fuera exclusivamente en el campo militar y finalmente que el período presidencial de que se trataba, era incompleto.

Obregón y De la Huerta platicaron por espacio de cuatro horas en la alameda de Querétaro y el segundo de ellos logró, no sin grandes esfuerzos, convencer al primero de que renunciara temporalmente a sus aspiraciones a la presidencia de la República. Logrado aquello, acudió a comunicar al señor Carranza el resultado de su gestión. Le encontró visiblemente inquieto por la larga espera y cuando conoció el resultado de la entrevista, sin enterarse de la resistencia que Obregón había opuesto, pues el señor De la Huerta no juzgó necesario hablar de ella, don Venustiano se mostró muy complacido.

Al día siguiente, acudiendo al llamado del señor Carranza, don Adolfo le encontró charlando amigablemente con el general Obregón. El señor Carranza le informó, entonces, que el general Obregón había resuelto retirarse a la vida privada en Sonora y dedicarse a la reorganización de sus negocios. Pero para su completa tranquilidad, el general deseaba que la persona que sucediera al señor De la Huerta en el gobierno de Sonora, fuera de su absoluta confianza.

Dos eran los candidatos y la lucha era enconada: el general Plutarco Elías Calles y el general José J. Obregón, hermano de Alvaro.

—Los dos son personas de absoluta confianza para el general Obregón —dijo el señor De la Huerta.

—Calles no es amigo del General Obregón —replicó Carranza: y como don Adolfo insistiera en que sí lo era, don Venustiano dijo:

—No debe usted olvidar lo de Naco.

El señor De la Huerta protestó asegurando que el general Calles no había tenido conexión alguna con aquel incidente, pero el primer jefe replicó:

—Si estuvo involucrado en la conjura —y miró al general Obregón que, sin contestar palabra, hizo un movimiento de asentimiento

con la cabeza. La insistencia de De la Huerta en defensa de Calles no tuvo éxito alguno.

Aquella transparente insinuación en el sentido de que determinada persona ocupara la gubernatura del Estado de Sonora, aunque hecha en forma discreta e indirecta, no encontró eco en el señor De la Huerta cuya firmeza de convicciones respecto a la verdadera democracia nunca flaqueó.

Por lo demás, el asunto aparecía bien claro. Obregón acababa de renunciar a sus aspiraciones presidenciales atendiendo una solicitud del primer jefe y éste, naturalmente, se sentía obligado a pagarle el favor. Por lo tanto, con una indicación al gobernador provisional, para que favoreciera al hermano del general Obregón, el asunto quedaría listo. Así pensaba, sin duda, don Venustiano, pero se olvidaba de que don Adolfo de la Huerta sostuvo siempre la efectividad del sufragio popular, no como un recurso político para lograr tal o cual finalidad, sino como un credo firme y perdurable en lo más íntimo de su convicción democrática. Su respuesta, más o menos fue esta:

—De cualquier manera, el pueblo decidirá en las elecciones que yo presido, quién debe ocupar la gubernatura.

Y tanto Carranza como Obregón deben haber creído que se trataba de una frase sin importancia, dicha sólo para guardar las apariencias y que, llegado el momento, De la Huerta favorecería al candidato que se le había sugerido. No fue así, por supuesto.

Obregón renunció a la Secretaría de Guerra el 1º de mayo de 1917 y volvió a Sonora al acercarse la fecha en que el congreso local debía hacer la declaratoria, esperando que ésta fuera favorable a su hermano.

En camino a Sonora y desde Culiacán, telegrafió al gobernador provisional encargándole que le consiguiera alojamiento. El señor De la Huerta, buscó y obtuvo la casa que le pareció más apropiado dadas las condiciones de la ciudad, la época de calores y la cercanía al Palacio de Gobierno.

Don Adolfo y el pueblo, invitados por los amigos de Obregón fueron a recibirlo a la estación, pidiéndole que hiciera el recorrido de la misma a su domicilio a pie. Obregón, que ya estaba enterado de la declaratoria del congreso en favor del general Calles, desahogó su mal humor criticando la casa elegida por el señor De la Huerta, burlándose de los muebles que le parecieron viejos y feos y finalmente diciéndole a Ramón Ross que le acompañaba: "¡Vámonos al hotel!"

Después de aquel injustificado desaire al gobernador y tras de pasar unos días en el hotel, se fue a vivir a la casa de su suegra y allí

se dedicó a dictar los originales de su libro "Ocho mil kilómetros en campaña" con la ayuda de su secretario Manuel Vargas.

Es de notarse que en dicha obra, lejos de reconocer la influencia decisiva que en su vida política tuvo la amistad del señor De la Huerta, casi no lo menciona.

## CARRANZA, OBREGON Y PABLO GONZALEZ

Con motivo de algunos ataques en la prensa a la memoria del general Pablo González, el señor De la Huerta (en 1954), dictó la siguiente relación que se transcribe en sus propias palabras.

"Yo creo que debemos llamar a esta plática "Por la verdad y la justicia". No tengo ningún interés en disculpar a Obregón por su actitud de 1920, ni tampoco a don Pablo González, pero como me tocó en suerte tener los hilos de la situación en 1916, cuando Carranza me llamó de Sonora donde desempeñaba el cargo de gobernador provisional en el período preconstitucional, pues creo que tengo la obligación de manifestar la verdadera situación en que se colocó el primer jefe del Ejército Constitucionalista a fines de ese año de 1916.

"Por aquellos días la nación esperaba que al formular la Constitución el congreso constituyente, cambiara el panorama político de la República. Como hasta esos días había regido los destinos del país el primer jefe Venustiano Carranza y no había conseguido hacer la paz, pues había grupos rebeldes en gran número, no inspiraba confianza la administración del señor Carranza. Esa es la verdad.

"Se sentía, se palpaba un ambiente de antagonismo para el hombre que no había sabido, después de la derrota de Villa, consolidar la paz en la República.

"Examinemos ahora los resultados de aquellos sentires del pueblo mexicano en los ánimos de Obregón y de Pablo González. Obregón, ministro de la Guerra, creyó que había lle-

gado el tiempo de preparar su candidatura para lanzarla al iniciarse el orden constitucional y comenzó sus trabajos probablemente con algunos militares, no me consta; pero sí tuve noticias de frecuentes conferencias con militares amigos suyos; por otra parte, muy ostensiblemente y con conocimiento del señor Carranza, trabajaba en el ánimo de los diputados constituyentes. Creo que se había ganado casi la totalidad de la Cámara.

"Pablo González, con el mismo sentir de Obregón, con el reflejo de la opinión pública no solamente en el Distrito Federal y la capital de la República, sino de todo el país, creyó que se iba a presentar la oportunidad propicia para que él lanzara su candidatura. Ya sabía que Obregón había iniciado sus trabajos y abiertamente, haciendo uso del derecho que la Revolución le concedía, preparaba también su candidatura.

"En México todo el mundo sabía que uno de los candidatos iba a ser Pablo González (que contaba con respaldo considerable en la opinión pública) y en esas condiciones, dándose cuenta el señor Carranza de que las dos figuras de mayor relieve en el campo militar (después de la derrota de Villa, por supuesto) que eran Obregón y Pablo González, se lanzarían, resolvió hacer la gestión que más adelante relato.

"Mientras tanto hagamos un paréntesis para estudiar a los dos hombres:

"Obregón en aquellos días tenía la aureola de sus triunfos militares: primero sobre Victoriano Huerta y después sobre Villa; pero al mismo tiempo, entre el pueblo, entre las clases trabajadoras, entre los obreros, había alguna reticencia para manifestarse abiertamente a su favor porque se sabía que él no comulgaba con las ideas revolucionarias de 1910 que, contra lo que han dicho algunos, muchos, en los últimos tiempos, sobre todos los partidos Zapatista y Liberal (magonista) y que pretenden que el maderismo no tenía contenido social, lejos de eso, representaba el ala izquierda del movimiento

libertario, díganlo si no los postulados del Plan de San Luis que últimamente he visto publicado enteramente mutilado. Hoy en la mañana precisamente platicaba con Roque González Garza y él era de mi misma opinión porque ha visto muchos ejemplares que no contienen los renglones que se refieren a la distribución de tierras, la ruptura de los latifundios y la restitución de ejidos a los pueblos, etc.

"Pablo González tenía en cambio su aureola de revolucionario; afiliado al magonismo primero y de los que figuraron en primera fila en el movimiento encabezado por don Francisco I. Madero.

"Aunque derrotado en muchos combates, consiguió también apreciables victorias de gran significación dentro del movimiento revolucionario. Además mucha gente pensaba que la revolución no era un torneo de militares para demostrar quién era más hábil en el arte de matar hermanos, sino que se debía de juzgar a los jefes por la sinceridad de su tendencia en favor del pueblo humilde y que si Obregón había sido un militar afortunado, con mejores dotes de estrategia que Pablo González, en cambio a éste había de reconocérsele que se lanzó a la lucha en los momentos en que el pueblo en masa lo hacía contra la dictadura de Porfirio Díaz, respondiendo al llamado que Madero les hizo en su jira electoral primero y después lanzando su proclama revolucionaria desconociendo al gobierno del general Díaz. Todo el mundo en aquella época fue maderista, y si alguno se presentaba contra el apóstol de la democracia, se le consideraba, como no-revolucionario, como remanente de los viejos grupos porfiristas que con el disfraz de revolucionarios estaban sosteniendo banderas distintas y aun con antagonismos para los directores sinceros del movimiento reivindicador de 1910. Ese era el sentir en aquellos tiempos.

"Volviendo a la situación de 1916, decía que el señor Carranza, al darse cuenta de las aspiraciones de Obregón y de Pablo González, llamó primero, para pulsarlo a ver si

era el hombre que podía utilizar en sus proyectos, a Benjamín Hill. Lo estudió encomendándole primero que recomendara a los constituyentes que aceptaran el proyecto tal como él lo había presentado y que le oyeran en sus apreciaciones sobre la tendencia que debía seguirse y la forma en que debían redactarse algunos artículos. El general Hill pulsó el ambiente y con su franqueza característica le dijo: "Jefe, no sirvo yo para esto. Reconozco que los principios de usted son sensatos, juiciosos, aunque muchos de ellos no vayan de acuerdo con la tendencia general, pero usted los manda a la Cámara a través de un grupo de elementos que no les son gratos a todos los verdaderamente revolucionarios; gente que usted reclutó a su llegada a México y que no está identificada con los que iniciaron el movimiento de 1910 ni el de 1913. (Se refería al grupo de Juan Natividad Macías, Luis Manuel Rojas, Gerzayn Ugarte y algunos otros). Yo acepto, como le dije antes que sus principios son buenos, son juiciosos, pero... mire, jefe: el chocolate es bueno, pero si me la dan en bacinica... ¡pues no lo tomo!... Y ese es el caso. Manda usted proyectos buenos por conducto de hombres manchados y no se los reciben allí. Esta es una de las causas por las que usted ha fracasado en su hegemonía del congreso constituyente en donde no le obedecen a usted. Y yo no le puedo ser útil. No me siento capacitado para controlar ese grupo."

"Eso me lo relató el propio Carranza, para explicarme por qué había llamádome desde Sonora, tan distante, para que, según me dijo, tratáramos tres puntos importantes. Su charla sobre la actitud de Hill fue en tono benévolo y hasta risueño; no le causó enojo la franqueza ni la ruda sinceridad de Benjamín.

"Lo he llamado a usted —me dijo— porque usted es de la misma "caballada" de esos y yo creo, siguiendo el principio homeopático de "similia, similibus curantur" que usted es el indicado (sonriendo) para convencer a esos amigos de que no se aparten de mi lado; no me hagan asco ni me conside-



ren sin derecho a sugerir ideas y proposiciones y detenerlos en muchos arranques que tienen con tiradas hacia la izquierda, hacia extremismos que resultarían nocivos para el país si se aceptaran en la Carta Magna. Entre otros ese artículo tercero."

"Estimando que aquel era el primero de los tres puntos que me dijo habíamos de tratar, repliqué:

"Mire, jefe: hablándole con la sinceridad que me caracteriza, yo no le sirvo para convencer a esos amigos de sus tendencias y principios, porque como usted mismo lo ha dicho antes, soy de la misma "caballada" de aquellos, pero porque le respeto y le estimo a usted como amigo, quiero servirle. Yo trabajaré en el ánimo de ellos y creo lograr algo, por lo menos que le oigan a usted. Que vengan para que usted les exponga sus argumentaciones en favor de tal o cual artículo, sobre todo en esa cuestión religiosa, y estoy seguro que con la fuerza de su personalidad, volviendo de nuevo al respeto que ellos le guardaron y que tienen que seguir guardándole, será más fructífera su discusión con ellos.

"El señor Carranza estuvo conforme y yo comencé mi tarea con los constituyentes. Los entrevisté, casi todos eran amigos; me refiero a los radicales que eran los que llevaban la dirección de aquella agrupación. Eran Luis Monzón, que aunque originario de San Luis Potosí se había formado y crecido en Sonora radicando allí por muchos años y era amigo mío. Flavio Bórquez, diputado por Sonora, Froylán Manjarrez, que aunque diputado por Puebla, había estado a mi lado por algunos años y... ¿por qué no decirlo? yo estuve escribiendo cartas a Puebla, a muchos amigos con los que en aquel entonces contaba en ese Estado y le sirvieron de mucho a Froylán los refuerzos que yo le allegué para ir como representante de Puebla, pero siempre ligado conmigo, siempre considerándome como un hermano mayor pues él entonces contaba 24 o 25 años. Traté también con Heriberto Jara, con Francisco Mújica con quien me ligaba también muy íntima amistad. Eran

los "Ravacholes" de aquellas época. Los convencí de que debían oír al señor Carranza y que deberían atender muchas de sus indicaciones y limitaciones en los extremismos que ellos querían establecer en la Carta Magna.

"En mi segunda conferencia con el señor Carranza, éste me pidió que convenciera a Obregón de que retirara su candidatura a la presidencia de la República; mi gestión y sus resultados ya fueron relatados en plática anterior. (Véase el capítulo "Las aspiraciones presidenciales de Obregón").

"Resuelto el problema de Obregón, me mandó Carranza a México para que hiciera labor semejante cerca de Pablo González, lo que hice por conducto de amigos míos que lo eran también del general, particularmente Paco Cosío Robelo. Gracias a esa amistad e invocando el antecedente de Obregón que había ya retirándose de la lid política conseguí que don Pablo hiciera lo propio y convino en posponer sus trabajos electorales para 1920, ya que se le ofrecía que para esa ocasión tendría toda clase de garantías y seguridades para disputarle el triunfo en las elecciones al único que parecía rival temible, que era Obregón.

"Así es que los dos, Obregón y Pablo González quedaron entendidos de que contarían, para el período siguiente, con la simpatía del primer jefe en su lucha por la primera magistratura del país.

"Pero al llegar el año de 1920 Carranza cambió de parecer. Le vino fobia en contra de los militares y encariñamiento con el civilismo y se declaró opuesto a que un militar llegara a la presidencia porque (según me dijo en pláticas confidenciales) él consideraba que los militares estaban acostumbrados al engaño, al golpe a mansalva, la emboscada, el autoritarismo... y que todo ello no era deseable en un candidato. Yo le recordé que en 1916 les había dicho a ambos, por mi conducto, que en el siguiente período habría libertad completa sin ninguna intromisión del Ejecutivo, pero noté que no le gustaba mucho que yo se los recordara.

"Carranza había cambiado la manera de pensar que me había expresado tres años antes, y cuando Obregón habló con él, y después lo hizo Pablo González acompañado de otros jefes, les contestó en forma dura, descortés y hasta agresiva. Me platicaron que don Pablo fue, entiendo con el general Treviño, cuando ya estaba corriendo su candidatura; ya había renunciado al mando de fuerzas, lo mismo que Obregón quien hacía bastante tiempo que se había separado de la Secretaría de Guerra. Pablo González había dejado el mando de las fuerzas que combatían al zapatismo, para quedar dentro de la ley en su lucha electoral.

"Al sentir que Carranza tomaba diverso derrotero, otras tendencias, y ponía un candidato que no procedía del pueblo, y aun más cuando se dieron cuenta de que trató de destruir el orden constitucional en Sonora para arreglar las cosas a su gusto y no tener ningún sector que pudiera oponerse a sus intentos de imposición, pues le fueron a hablar con toda claridad. Los trató con mucha dureza; les dijo que no eran buenos ciudadanos; que él era el jefe y que él sabía lo que hacía y casi los mandó retirar del salón presidencial. Me platicaron que Pablo González le dijo: "Está bien, señor Carranza. Ha sido usted nuestro jefe, nosotros cumplimos colaborando también al triunfo de nuestra causa, de la que usted era cabeza. Pero desde este momento vemos que no cumple usted la palabra comprometida con el pueblo, ni con nosotros, ni con los principios revolucionarios. Siga usted por ese camino equivocado, que nosotros seguiremos por el nuestro cumpliendo como revolucionarios." Y desde aquel momento, con toda claridad, sin traición de ninguna especie, sino con verdadera franqueza y sinceridad, se colocaron en un plano distinto al de Carranza.

"No hubo pues traición, en mi concepto. Con toda lealtad le dijeron su manera de pensar y su manera de sentir y Pablo González, al darse cuenta de la actitud del presidente, se lanzó también a la revolución armada que había provocado el gobierno del centro al enviar fuertes contingentes militares

para destruir el orden constitucional en Sonora y colocar un gobernador militar sin que hubiera habido declaración de desaparición de poderes en el Estado.

"Ultimamente han aparecido algunos artículos atacando a Pablo González, llamándolo traidor, de igual manera que en otras ocasiones se ha dicho respecto del general Obregón. En mi concepto no está justificada esa apreciación.

"Se fueron a la lucha. Carranza la emprendió para Veracruz, Pablo González entró en la capital al frente de 22,000 hombres. Poco antes el general Obregón había logrado evadirse evitando el proceso que pretendió formársele tratando de inmiscuirlo con Cejudo que estaba levantado en armas y que se sabía tenía antigua amistad con el general Obregón. Este salió rumbo al Estado de Guerrero y allí fue a dar con el general Maycotte quien me refirió el caso en cierta ocasión que platicábamos con Fernando Reyes. Más o menos fue esto lo que me dijo:

"Jefe: ¡qué cosa más curiosa! En las dos ocasiones que he estado con usted, lo que menos pensaba era unirme a los movimientos que usted encabezó. En 1920 estaba yo con el ánimo firme de continuar al lado del señor Carranza, pero pasó esto..." y ya me platicó que, dando una vuelta a caballo por los alrededores de Chilpancingo, se encontró a Obregón durmiendo debajo de un árbol, descansando la cabeza sobre una piedra cubierta con su saco y al ser despertado y darse cuenta de la situación, Obregón se declaró su prisionero:

—"Le tocó cogerme como su prisionero. Soy su prisionero.

—"No, mi general —contestó Maycotte— no es usted mi prisionero; es usted mi amigo y mi jefe que en otras ocasiones me ha mandado en los combates que hemos tenido contra los infidentes villistas. Así es que yo estoy a las órdenes de usted para servirlo y ayudarlo en esta aventura.

"Carranza supo que Obregón se encontraba en la jurisdicción de Maycotte y ordenó a éste que lo remitiera a México.

"Se me hizo muy feo —me decía Maycotte— entregar a Obregón, más cuando le reconocía el derecho de salir a la lucha electoral y que el pretexto de su connivencia con Cejudo no debió haberse tomado para estorbarle su participación en la campaña electoral de 1920.

"Carranza, al darse cuenta de que sus órdenes no eran obedecidas, me declaró desleal —continuó Maycotte— y me desconoció como miembro del ejército. Así es que vine a quedar a las órdenes de usted.

"Ahora, en esta ocasión, en este movimiento (1923) yo trabajé en México esforzadamente con toda lealtad para que el general Obregón arreglara la comisión permanente del modo que él quería. Me comisionó para que hablara con varios diputados, lo que cumplí fielmente; me entregó cien mil pesos para regularización del ejército del sur y venía yo con algunos pertrechos que me dio y los cien mil pesos, listo a secundar su labor, a combatir a usted (me lo decía con franqueza) pero al llegar me encontré una situación rara: el gobernador me dice: "Siguiendo la opinión del pueblo me he puesto a las órdenes de De la Huerta en Veracruz". Ya yo había sentido esas corrientes muy intensas en el camino, en el tren y en todos los pueblos donde bajé me di cuenta que estaba unificada la opinión en favor de usted. Y en el cuartel me dice aquí mi compañero Reyes, Fernando Reyes me dice: "Pues toda la fuerza está enteramente a favor de De la Huerta y yo con ellos, mi general". Ante aquella situación no me quedó ya otro camino que seguir como ellos el sentir del pueblo, el sentir de mis soldados. Así es que, no queriendo vine a quedar otra vez a la disposición de usted. Entonces Fernando Reyes repuso:

—"Y qué bueno, mi general, que así haya usted decidido, porque ¡qué duro hubiera sido para nosotros echarle bala!

"Así fue como Maycotte me relató su proceso mental y la forma en que llegó a aquellas situaciones en 1920 y 1923 sin haber tenido la intención de traicionar a su partido, sin intención de faltar a sus compromisos, vino a seguir la corriente que seguían todos en la región a él encomendada; como estaba, según apreciaciones de toda la gente, el resto del país también.

"Volviendo a Obregón y Pablo González, entra este último a México. Obregón se desprende con una escolta pequeña que le facilitó Maycotte, llega y naturalmente se siente débil, pues Pablo González con sus 22,000 hombres controlaba la capital. Pactaron entonces el llamado "Convenio de Chapultepec" y Obregón se comprometió a sugerir al congreso la candidatura de Pablo González para presidente interino y a ayudarlo con sus amigos. Ya Pablo González se sentía tan seguro que comenzó a organizar su gabinete, pensando que los diputados, percatados del control militar que él tenía, accederían a las indicaciones de Obregón. Con esa seguridad, comenzó a hacer las designaciones para integrar su gabinete dando la cartera de Hacienda a Aureliano Mendivil, la de Gobernación al Gral. José María Quevedo, la de Relaciones a Juan Sánchez Azcona, Comunicaciones a Morales Hess. Muchos de ellos hombres muy buenos, capacitados para el desempeño de esos puestos, pero que eran distintos de los que a mí me acompañaban desde el norte. Dejé a uno de ellos, a Gómez Noriega, porque le reconocía grandes méritos como hombre honorable, revolucionario sincero, completo ciudadano, hombre inteligente y fue el que se quedó en el gobierno del Distrito hasta que los obreros me presentaron una terna. Querían que les diera el gobierno del Distrito y por los compromisos que anteriormente había hecho con ellos accedí. Por eso vino el cambio del gobierno del Distrito, entrando Celestino Gasca, ya en las postrimerías del interinato, para substituir al licenciado Gómez Noriega.

"Naturalmente que Obregón y Pablo González hicieron sus trabajos para que el último de ellos, ya descartado como candidato, se encargara del gobierno sustituto de la presidencia, pero el congreso no aceptó; se inclinó a mi favor y así fui designado el 26 de mayo de 1920, como encargado del Poder Ejecutivo.

"Después vinieron otros acontecimientos que no es del caso relatar. El hecho fue, pues, que Pablo González y Obregón, en aquella ocasión jugaron limpio con el señor Carranza; le presentaron las cosas tal como estaban pero no encontraron el cumplimiento de los ofrecimientos que Carranza les había hecho por mi conducto en 1916, tanto a Obregón como a Pablo González.

"Así es que, en mi concepto, el error estuvo de parte del señor Carranza y no de parte de los candidatos que tenían derecho a jugar y a presentarse a la consideración del pueblo para ocupar la Primera Magistratura, sobre todo después de haberse retirado de la lucha electoral en 1916 para dejar libre el campo a Carranza y contando con la promesa de éste para que en el siguiente período actuaran con libertad".

Así terminó aquella interesantísima plática con el señor De la Huerta que se ha reproducido íntegra (pues fue tomada por el dictáfono), aunque al hacerlo nos hayamos apartado temporalmente del orden cronológico que estamos procurando llevar en toda la obra.

Volvamos ahora a la época en la que era gobernador provisional o interino del Estado de Sonora, para seguir su histórica trayectoria.

A más de la pacificación de los yaquis, el señor De la Huerta, en su labor administrativa, expidió leyes y decretos tendientes todos a mejorar las condiciones del pueblo. De entre ellos es particularmente interesante el decreto No. 71, de 10 de octubre de 1916, puesto que, como se verá por su texto, fue precursor de todas las disposiciones de carácter social revolucionario que surgieron después.

## DECRETO NUM. 71

**A** DOLFO DE LA HUERTA, gobernador interino del Estado de Sonora, en uso de las facultades especiales que me ha conferido el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la República, y

### CONSIDERANDO:

Que una de las causas principales que originaron la Revolución Social fue el malestar económico de las clases trabajadoras, por efecto del sistema injusto de la repartición de las utilidades obtenidas por las empresas productoras;

Que ese malestar se agravó hasta llegar a convertir a los trabajadores en verdaderos esclavos de los capitalistas (así nacionales como extranjeros) a virtud de las expoliaciones permitidas y apoyadas por las administraciones dictatoriales;

Que entre los ideales revolucionarios figura como uno de los principales la redención de las clases trabajadoras y que, por lo tanto, las tendencias de la Revolución deben encauzarse hacia la transformación del sistema social a que antes se ha hecho referencia;

Que si bien es cierto que el derecho de huelga, único medio penoso a que los trabajadores han recurrido para defender sus intereses, está reconocido por el constitucionalismo; este derecho debe ejercitarse exclusivamente en el caso de que se presenten en su contra las tendencias conservadoras de los gobiernos;

Que toda vez que el triunfo de la Revolución Social, encabezada por el Sr. Venustiano Carranza, de hecho ha conseguido llevar al proletariado al dominio del Estado, no debe recurrir el obrero al sistema de las huelgas **en el actual orden**



de cosas, desde el momento en que el constitucionalismo es la genuina representación de los trabajadores, sostenedor de sus demandas justas;

Que ha llegado el momento en que el constitucionalismo debe demostrar con hechos que va directamente al cumplimiento de los ideales que lo impulsaron a la lucha armada;

Que al presente se hace necesario determinar el camino por el que han de solucionarse las dificultades de las clases trabajadoras, llevando a ellas el convencimiento íntimo de que en sus manos deposita el gobierno emanado de la Revolución los medios de solucionar sus dificultades y determinar su mejoramiento;

Que no basta la libertad de elección dentro de las instituciones vigentes, para hacer que la voz del obrero sea oída en los cuerpos legislativos, puesto que los intereses en juego en las luchas electorales, pueden defraudar las aspiraciones de los obreros;

Que, por otra parte, la Legislatura Local obligada a resolver problemas de orden político y de interés público en general, no puede ocuparse de manera especial de los trascendentales problemas obreros y por ello se hace indispensable la formación de una asamblea dedicada a esos problemas, libre de toda influencia política;

Que muchos puntos quizá importantísimos del problema obrero, tienen indiscutiblemente sellos notorios de regionalidad, que hacen que casos semejantes se resuelvan de modos distintos, según el Estado y requieran trámites también diferentes, por lo cual las disposiciones del gobierno general deberán ineludiblemente ser auxiliadas con las luces de los conocedores de la región y de su medio; y en el caso presente a nadie sienta mejor tan noble papel que a las propias clases trabajadoras que conocen a fondo sus necesidades y aspiraciones, y a sus genuinos representantes que designen para ser sus portavoces en la Cámara que este Decreto establece;

He tenido a bien decretar lo siguiente:

Art. 1o.—Se crea en el Estado una Cámara Obrera, y su objeto será estudiar los asuntos relacionados con las clases trabajadoras.

Art. 2o.—Para formar dicha Cámara, las agrupaciones mayores de mil trabajadores elegirán un representante por cada mil obreros o fracción que pase de quinientos. Por cada representante propietario se elegirá también un suplente. La personalidad se aprobará por medio de una credencial.

Art. 3o.—Las credenciales serán autorizadas por las mesas directivas correspondientes o por quienes representen a las agrupaciones según sus estatutos y serán visadas por la Primera Autoridad Política del lugar, quien pondrá constancia de que se cumplieron todos los requisitos exigidos por este Decreto.

Art. 4o.—Para ser electo Representante se requiere: ser ciudadano mexicano en ejercicio de sus derechos, mayor de veinticinco años al tiempo de la instalación de la Cámara, y pertenecer a la clase trabajadora cinco años antes de la elección.

Art. 5o.—Los representantes durarán en su encargo un año y tendrán las obligaciones siguientes:

I.—Asistir con puntualidad a las sesiones.

II.—Observar conducta honesta.

III.—Usar formas comedidas al tratar asuntos con las autoridades.

IV.—Interceder con los obreros para el fiel cumplimiento de las disposiciones del gobierno de la Revolución Social.

Art. 6o.—Los representantes tendrán una remuneración igual a las dietas de los diputados locales; las recibirán sólo mientras estén en funciones, y se pagará por la Tesorería General. Oportunamente se modificará el Presupuesto de Egresos del modo que corresponda.

Art. 7o.—Las elecciones de Representantes se harán antes del 15 de diciembre de cada año y la toma de posesión el día 1o. de enero.

Art. 8o.—En la primera Sesión la Cámara nombrará por esta vez dos obreros agricultores, de distintas regiones del Estado, para que asistan como representantes a las sesiones. Los asuntos relativos a la Agricultura se tratarán siempre en primer término.

Art. 9o.—La Cámara Obrera tendrá su asiento en la capital del Estado.

Art. 10.—Habrà dos periodos de sesiones que durarán dos meses cada uno; el primero comprenderá enero y febrero y el segundo julio y agosto.

Art. 11.—Durante el receso de la Cámara habrá una comisión permanente compuesta de tres miembros elegidos entre los mismos representantes y que tendrá por objeto:

I.—Continuar los estudios emprendidos por la Cámara para que no sufran demora.

II.—Iniciar y encauzar los que se presenten de nuevo.

III.—Vigilar en todo lo que tienda al mantenimiento de la Institución, tramitando los asuntos que a ella se refieran.

IV.—Las demás que le impongan las leyes.

Art. 12.—Son atribuciones de la Cámara:

I.—Formar su reglamento interior.

II.—Estudiar las organizaciones y los sistemas que produzcan mayor bienestar al obrero.

III.—Emitir juicios periciales sobre las indemnizaciones que debe darse a los perjudicados, en razón de los accidentes sufridos por los obreros en sus trabajos.

IV.—Presentar su opinión en los conflictos obreros y proponer bases para su conclusión.

V.—Proponer al Ejecutivo inspectores que cuiden de la higiene en los establecimientos destinados al trabajo y de que se llenen en construcciones, instalaciones, etc., los requisitos exigidos por los reglamentos o disposiciones relativas.

VI.—Asistir a las sesiones del congreso por medio de delegaciones que tendrán voz, cuando se traten asuntos relacionados con la legislación obrera.

VII.—Promover ante el ejecutivo del Estado o el congreso las leyes o disposiciones que juzgue conveniente en relación con su objeto.

VIII.—Las demás que se señalen de un modo expreso por legítimas disposiciones.

Art. 13.—Se concede a las empresas el derecho de mandar a la cámara los representantes que juzguen conveniente, los cuales tendrán voz pero no voto ni remuneración oficial.

## ARTICULOS TRANSITORIOS

Primero.—Mientras se fijan las leyes del trabajo, se observarán las disposiciones de los artículos siguientes:

Segundo.—La jornada del trabajo será cuando más de ocho horas.

Tercero.—El salario mínimo del obrero será de un peso cincuenta centavos oro nacional.

Cuarto.—La edad mínima del trabajador será de catorce años.

Quinto.—Para todos los trabajos cuya duración exceda de seis días, las empresas tienen la obligación imprescindible de firmar contratos claros y concisos sobre las obligaciones y derechos de los contratantes. Los impuestos que dichos contratos causen serán cubiertos por las empresas.

Sexto.—Es obligación de las empresas conceder a sus trabajadores un día de descanso en cada semana.

Séptimo.—Las reclamaciones de indemnización por accidente del trabajo que presenten los obreros, se encomendarán al defensor de oficio y en su defecto a la persona que designe el Ejecutivo.

Octavo.—Se concede acción pública para denunciar las infracciones de este decreto, que se castigarán administrativamente con multa hasta de \$ 500.00 oro nacional metálico o reclusión hasta de un mes.

Noveno.—Este decreto empezará a surtir sus efectos al día siguiente de su publicación.

## CONSTITUCION Y REFORMAS

Por lo tanto mando se imprima, publique, circule y se cumpla.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo en Hermosillo, a los diez días del mes de octubre de mil novecientos diez y seis.

El gobernador interino, Adolfo de la Huerta.—El oficial mayor en F. de S.G. de G., Lic. Daniel Benítez.

Posteriormente, en 16 de julio de 1917, el señor De la Huerta lanzó el Decreto No. 97 conteniendo la LEY SOBRE INDEMNIZACIONES POR ACCIDENTES SUFRIDOS EN EL TRABAJO.

La sola promulgación de estos dos decretos, establece a don Adolfo de la Huerta, sin el menor género de duda, como un precursor de esta clase de disposiciones legales tendientes al beneficio real de las clases laborantes, finalidad de la verdadera revolución social.

## INICIATIVA ANTE EL CONGRESO CONSTITUYENTE

**E**N el informe rendido al H. Congreso del Estado de Sonora, el gobernador provisional, C. Adolfo de la Huerta por el período de su gobierno comprendido entre el 19 de mayo de 1916 al 18 de junio de 1917, se encuentra, en la página 8, el siguiente párrafo:

“En mi deseo de conseguir la distribución equitativa de la riqueza y deseando contar con estudios del congreso constituyente sobre el particular, no obstante tener ya formulado el decreto respectivo, comisioné a los señores Froylán C. Manjarrez, Juan de Dios Bojórquez y Flavio A. Bórquez, para que sometieran a la consideración de la asamblea de Querétaro,

la proposición de que los obreros de las diferentes empresas que se establecieran en nuestro país, tuvieran derecho, expresamente consignado en la ley, a una participación equitativa de las utilidades obtenidas por esas empresas.

“El éxito más completo coronó mi iniciativa y actualmente podemos ver en las fracciones 6ª y 9ª del artículo 123 de nuestra Carta Magna, establecido el principio de que los trabajadores deberán tener participación en las utilidades de las empresas.

“Debo hacer constar que cuando las más grandes negociaciones mineras en este Estado tuvieron noticia de la próxima publicación del decreto referente a este punto, ocurrieron en representación ante mí, solicitando se les permitiera recoger la satisfacción de hacer **voluntariamente** y por vía de ensayo, un reparto de aquellas utilidades que sobrepasaran del margen de la considerada por ellos suficientemente remuneradora del capital invertido, y así es como se ha visto en Sonora que la “Cananea Consolidated Copper Co.” ha distribuido entre sus trabajadores un cuatro por ciento de sus utilidades”.

## CARRANZA Y LOS ESTADOS UNIDOS

**D**ON Venustiano Carranza abrigó siempre un profundo resentimiento en contra de los Estados Unidos del Norte, resentimiento que le hacía soñar con una posible revancha del 47 y la reivindicación de la parte de territorio mexicano de que fuimos despojados en aquella ocasión.

Es de creerse que aun antes de que fuera la figura histórica que llegó a ser, don Venustiano guardaba y aun cultivaba esa aversión. Nacido muy cerca de la frontera y alrededor de unos nueve años después del incidente que nos costó parte de su Estado natal (Coahuila) es lógico suponer que desde la niñez haya sentido aversión por los vencedores, rencor por el despojo que sufrimos y un profundo anhelo por

algo que nos diera la oportunidad de tomarnos la revancha y recuperar el territorio perdido.

Cuando Carranza llegó a regir los destinos de nuestro país, su anhelo creció y llegó a ser algo muy profundamente arraigado. El creía firmemente que era su deber de mexicano y de patriota hacer cuanto estuviera a su alcance para ver realizado su sueño y vengado el ultraje.

Antes de la conflagración mundial de 1914, ya don Venustiano confiaba a sus más íntimos amigos sus sentimientos y sus esperanzas; porque él tenía esperanzas; vagas, imprecisas, románticas, pero las tenía. Esperaba algo sin saber precisamente qué; esperaba que alguna situación imprevista viniera a darnos la fuerza necesaria para poder batir con éxito al Coloso del Norte.

Y no todo era sueño. Carranza pensaba que había tres medios factibles de conseguir lo que tanto ambicionaba: creía, en primer lugar, que era posible una nueva guerra civil en los Estados Unidos, una especie de reanudación o segunda parte de la lucha del norte contra el sur y, por supuesto, México sumándose a los intereses de estos últimos, tomando parte activa en la lucha y recobrando, al triunfo, el territorio nacional perdido.

En segundo lugar creía que era posible un conflicto racial allende el Bravo: negros contra blancos. También en ese caso México apoyaría la causa de los negros y obtendría la devolución de su territorio. Finalmente creía el señor Carranza que era posible que estallara un conflicto social; la lucha de clases: trabajadores contra capitalistas. Y siempre el mismo sueño final: la devolución de lo injustamente tomado.

Pero aquel hombre que tan hondamente sentía nuestro desastre del 47 no se limitaba a soñar, puesto que consideraba su deber tratar de repararlo y no podía conformarse con una paciente espera de algo indefinido, de algo imprevisto que le diera la oportunidad de actuar.

De sus tres posibles soluciones, la segunda, sin duda, le parecía la más factible, pero había que obrar con cautela y sagacidad. Había que sondear el sentir de la raza negra, y para ello, lo más indicado era invitarlos a colonizar parte de nuestro territorio.

La invitación seguramente fue hecha, pues en 1913 vino a Piedras Negras un delegado de los hombres de color y habló con el señor Carranza sobre la conveniencia de la colonización propuesta y la determinación de las regiones escogidas para ella.

Es de creerse que en aquella primera entrevista no se insinuó siquiera el verdadero propósito de Carranza y es probable también que éste no haya encontrado eco en la raza negra, pues no hubo resultados visibles como consecuencia de aquella conferencia.

En cuanto a las otras dos soluciones, no había manera de tomar iniciativa alguna y el señor Carranza esperaba con los ojos fijos en el horizonte algún destello que viniera a fortalecer sus anhelos.

Y he aquí que estalla la guerra mundial de 1914.

Los Estados Unidos permanecieron neutrales por cerca de tres años, pero Carranza comprendía que tarde o temprano tendrían que entrar a la contienda y que lo harían contra los Imperios Centrales.

¿Sería aquella la tan esperada oportunidad?

Alemania inició escarceos con el gobierno del señor Carranza; sondeos, proposiciones veladas, solicitudes de simpatía por su causa; pero mientras los Estados Unidos permanecieron neutrales, las esperanzas del señor Carranza no cristalizaban.

En 1917 los Estados Unidos entraron a la guerra. Alemania comprendió la gravedad de la situación y entonces precisó ofrecimientos y aclaró proposiciones. El ministro alemán Von Eckart ofreció al gobierno del señor Carranza armas y parque que serían traídos a las costas mexicanas en submarinos y que, llegado el triunfo, México recuperaría los territorios que había perdido en 1847.

Don Venustiano estuvo a punto de aceptar aquella proposición. Había deseado tan ardientemente la ocasión, que no se daba cuenta cabal de lo ilusorio de la ayuda que se nos ofrecía, ni de que antes que llegara el triunfo (en el supuesto caso de que llegara) seríamos indudablemente despedazados en muy corto tiempo y esclavizados por todo el que durara la contienda.

Sobre su apasionado patriotismo y ferviente entusiasmo, triunfó la sensatez de sus amigos que le invocaron su propia experiencia y sus mismas palabras. Don Adolfo de la Huerta le recordó que tanto él como el general Diéguez habían protestado en un enérgico telegrama contra la actitud del señor Carranza ante la invasión de nuestro territorio por la expedición punitiva. Don Venustiano, en aquella ocasión, les llamó urgentemente y les reprendió con severidad usando estas o parecidas palabras:

—No son ustedes quienes van a darme lecciones de patriotismo a mí que lo he sentido tan hondamente toda mi vida. —Y procedió a hacerles ver que aunque él hubiera deseado más ardientemente que nadie, poder presentar resistencia armada a aquella incursión extranjera, eso habría dado la ocasión a los Estados Unidos para invadirnos con cierto aspecto de justificación y sin que tuviéramos una oportunidad en mil de salir triunfantes.

Aquella actitud serena que salvó a México de un conflicto que nos habría llevado a la ruina, le fue recordada a Carranza por De la Huer-



ta y sirvió para enfriar el entusiasmo que había despertado en él la proposición y los ofrecimientos (más ilusorios que reales) del ministro alemán.

Carranza resolvió, pues, permanecer neutral en la contienda europea.

En noviembre de 1917, saliendo de Palacio y camino de su domicilio, el señor Carranza sostuvo con el señor De la Huerta una conversación por demás interesante y de la que sólo tuvieron conocimiento los interlocutores y el ingeniero Bonillas, a quien le fue comunicada en Washington.

## LA MISION DE DE LA HUERTA EN WASHINGTON

**L**AS simpatías hacia Alemania que el señor Carranza había manifestado más o menos abiertamente, y que eran bien conocidas del gobierno de los Estados Unidos, originaron una seria tensión en sus relaciones con nuestro país, sobre todo cuando el vecino adoptó el lema de "Quien no está conmigo está contra mí". Carranza entonces resolvió hacer gestiones para que nos permitieran continuar en una neutralidad "amistosa" pero neutralidad al fin.

Para llevar a cabo aquellas delicadas gestiones, comisionó a don Adolfo de la Huerta.

Diez conferencias sostuvieron en diez noches y en el domicilio del señor Carranza. En el curso de ellas, éste explicó ampliamente a De la Huerta la tirantez que existía en las relaciones con los Estados Unidos dada su nueva actitud y lo difícil de nuestra situación para mantenernos en posición enteramente neutral. Le hizo saber que le había elegido para aquella comisión porque conocía su ponderación y buen juicio de los que había dado muestras inequívocas en ocasiones anteriores con relación a tópicos internacionales.

—Bien es cierto —decía Carranza— que tenemos en Washington a un hombre que, para mí es un gentleman (sic). Yo creo que de buena intención y hasta patriota; pero ustedes los sonorenses han trabajado por presentármelo como personalidad en entredicho, acusándolo de haber sido antes ciudadano norteamericano. Yo lo juzgo, como dije ya, un verdadero gentleman, pero por principio debe actuar en estos casos con toda escrupulosidad y tener presente que su esposa es extranjera

y pudiera influir en su ánimo. Quiero, por lo tanto, que usted vaya a sustituirlo en sus gestiones ante el gobierno de los Estados Unidos, sin que le hagamos la ofensa de quitarle la categoría de embajador.

Don Venustiano se refería, naturalmente, al ingeniero Bonillas, que a la sazón tenía dicho encargo.

—La forma como usted trabajará en Washington, la dejó a su criterio. Conociendo como conoce usted al ingeniero Bonillas, usted sabrá la forma de proceder para no lastimarlo al tomar usted "los trastos". Usted escogerá las personas con quienes debe entrevistarse y obtener su acercamiento a Wilson.

En las siguientes conferencias el señor Carranza dio al señor De la Huerta amplias y precisas instrucciones fijando las limitaciones de México para cooperar con los Estados Unidos, suministrándole las materias primas o materiales que dicho país necesitara, incluyendo el petróleo. Le indicó también que explicara al gobierno del vecino país, aspectos de nuestra política interna, controlada totalmente por el gobierno que él encabezaba a través de órganos periodísticos que servían, unos para recibir corrientes aliadófilas y otros, los menos, para pulsar el sentimiento pro Alemania. Explicó además el señor Carranza que de aquella misión que confiaba a don Adolfo de la Huerta, no tenía conocimiento ninguna otra persona y que él se comunicaría al gobierno de los Estados Unidos por conducto del propio ingeniero Bonillas y del consultor americano en Washington.

El señor De la Huerta escuchó con toda atención las instrucciones que le fueron dadas y al terminar la última conferencia, teniendo en cuenta las confidencias anteriores hechas por el propio Carranza, y sus sentimientos antiamericanistas, le preguntó en forma de no lastimar su susceptibilidad, pero con toda claridad, si efectivamente México iba a permanecer neutral; si podía él dar esa seguridad con entera verdad, pues teniendo la verdad se comprometía a triunfar, pero en caso contrario no podría servir para aquella comisión. Carranza comprendió su sentir y le aseguró que México seguiría esa política de neutralidad, independientemente del sentir personal suyo, pues era la que convenía para el bien de los intereses del país y que podía estar seguro de que la seguiría con toda firmeza.

Sobre la forma y circunstancias en que el señor De la Huerta desempeñó aquella importante comisión, dejamos la palabra al interesado, reproduciendo lo que en charla-dictáfono nos refirió:

"En la última conferencia, habiéndome despedido ya de él, me encontré con Garza Pérez, el encargado de Relaciones

que entraba cuando yo salía. Llegué después frente al hotel Regis, donde me encontré con José I. Novelo y mientras cambiaba algunas palabras con él vino apresuradamente un ayudante del señor Carranza a decirme que necesitaba que volviera yo. Regresé y me encontré con esta novedad. Me dijo Carranza:

—“El licenciado Garza Pérez me trae este telegrama que descifrado ya dice así. . . —y procedió a leer el contenido en el que el ingeniero Bonillas manifestaba que había conseguido con el departamento de Estado que no le retiraran el exequátur a Carlos C. Bohr, que era nuestro cónsul en Nueva York, comprometiéndose a que el gobierno mexicano lo retiraría.

—“Ya tendrá usted biombo —dijo Carranza— va usted como cónsul. De allí se desprende para Washington para desarrollar el plan que hemos trazado. —Y así fue.

“Al día siguiente se me extendió el nombramiento de cónsul y salí rápidamente para Nueva York. Me hice cargo del consulado, quedando como vicedcónsul Martínez Carranza y trasladándome yo a Washington.

“Llegué, me apersoné con el ingeniero Bonillas y, con verdadera sorpresa me encontré con un hombre todo patriotismo que no tuvo ningún escrúpulo en ponerse a mis órdenes y decirme que estaba a mi disposición; que él comprendía que yo llevaba la última palabra e instrucciones del señor Carranza; que él faltaba de México por algunos años y que si de intérprete lo quería yo utilizar, que estaba a mis órdenes. Esa actitud tan poco común entre los mexicanos (que somos de pasiones fuertes) me produjo una gratísima impresión y me inclinó a tomar, bajo mi responsabilidad, la participación del señor Bonillas, sin lastimarlo en lo más mínimo. Dejé en sus manos muchos asuntos y otros los tratamos los dos, y parte de las instrucciones que me había dado el señor Carranza se las pasé a él. Así es que fue muy eficaz su labor.

“Ambos conseguimos detener la avalancha que se nos venía, porque la presión era tremenda. Uno de los argumentos del gobierno americano era que el periódico El Demócrata, a ciencia y paciencia del gobierno de México, estaba recibiendo ayuda de la legación alemana. Yo les dije: “No; es un error esa información que ustedes tienen. Quien sostiene ese periódico es el gobierno de México”. Aquello les causó una verdadera sorpresa. “Sí, señores —insistí— el gobierno de México es el que proporciona los dineros necesarios para la publicación de ese periódico, que no cubre sus gastos”. Se me quedaron mirando con una expresión de sorpresa como diciendo “¡Pues eso es peor!”.

“Pero, señores —continué— también sostiene el periódico El Universal. El gobierno de México y el Presidente, necesitan encauzar las corrientes y conocer y pulsar el sentir del pueblo. Fijense ustedes que a la corriente alemana le puso uno de los periodistas menos capacitados, como es Rip-Rip; en cambio, al lado de los aliados, puso al señor Palavicini, el periodista más notable que tenemos en México, haciendo una tremenda campaña pro aliados.

“Aquello les sorprendió y les hizo pensar que estaban desorientados y que si en eso, que era lo más superficial, se veían desengañados con mis aclaraciones, cuanto más sería en las situaciones de fondo.

“Y así fue: uno por uno fui destruyendo todos sus cargos; sin negar nada, porque yo no fui a engañar, como le dije al señor Carranza. Al terminar nuestras conferencias yo le había dicho: Bueno, señor Carranza, ya estoy perfectamente penetrado de su pensamiento, de sus propósitos, de su habilidad de estadista (porque era muy hábil y muy listo) y con estas armas yo creo poder triunfar; pero quiero decirle a usted que voy a decir la verdad; que esto que usted me ha dicho lo voy a presentar como una verdad; que si no es así, yo le agradecería que mandara a otro; porque si yo siento que la política de mi país no se ajusta a lo que voy a decir, me va a faltar

fuerza para contender con aquellos señores. A mí me conocen en la cara inmediatamente que no estoy actuando con sinceridad. Soy un mal político en ese sentido; no puedo ocultar nada. Eso me lo han dicho desde niño y no quiero tampoco ir a decir una cosa por otra. Así es que si usted me manda para cubrir las apariencias y es otra la política que va a seguir aquí en México, le ruego que mande a otra persona. Yo no sé engañar; me faltarían fuerzas, me sentiría como un desgraciado, como un guiñapo, incapaz de servir a usted. En cambio, si esta es la verdad y yo tengo la certeza de que lo que voy a decir y a aclarar se ajusta exactamente a la política mexicana y esta es realmente la política que usted va a seguir, nadie me pondrá un pie adelante, ni los de aquí que mandara usted, ni los de allá que vinieran a contradecirme o a rebatir las argumentaciones que yo les haga. Si usted me promete y me aclara este punto, yo voy con mucha fuerza.

—“Váyase usted con la seguridad absoluta de que lo que hemos hablado será la línea de conducta que seguirá nuestro país en esta cuestión mundial.

“Bueno; me fui muy contento a la lucha, sabedor de que llevaba la verdad, de que iba a decirla a esos señores y a explicarles lo que realmente había en el fondo de la política mexicana”.

## LA CAMPAÑA ELECTORAL POR LA GUBERNATURA DE SONORA

**E**N tanto que el señor De la Huerta desempeñaba en Washington la delicada comisión que le había dado el señor Carranza con el éxito que ya quedó reseñado, sus amigos en Sonora habían estado preparando una campaña en su favor para llevarlo nuevamente a la gubernatura del Estado, dado el éxito de su pasada administración como gobernador provisional y la indiscutible popularidad de que gozaba entre los sonorenses.

Desde que el señor De la Huerta estaba aun en Nueva York, comenzó a recibir solicitudes de sus amigos para que les autorizara a desarrollar la campaña política en pro de su candidatura. Lo rehusó al principio, porque consideraba que la situación que tenía entre manos era demasiado delicada y aunque ya la parte más ardua había pasado, podían presentarse nuevos aspectos y él consideraba que debía continuar en Nueva York, al frente del consulado, sustituyendo a Juan T. Burns, que había sido repudiado por los Estados Unidos porque le acusaban de haber dado pasaportes mexicanos a alemanes y austriacos haciéndoles aparecer como ciudadanos mexicanos, para que salieran de aquel país y vinieran a radicarse a México.

A aquellas solicitudes, por lo tanto, don Adolfo respondió que tenía asuntos trascendentales que atender y que no podía acudir a participar en la lucha electoral que ya se había iniciado.

Pero vino el armisticio del 11 de noviembre de 1918 y sus coterráneos reiteraron la súplica de que fuera a atenderlos presentándose como candidato.

Se efectuó una convención en Hermosillo y en ella resultó electo candidato del Partido Revolucionario Sonorense, que fue la agrupación que hizo la convención y que controlaba la opinión pública revolucionaria del Estado. A las reiteradas instancias para que el señor De la Huerta se presentara en Sonora, éste les contestó que primeramente necesitaba autorización del señor Carranza. Entonces las agrupaciones obreras se dirigieron a los senadores por Sonora para que estos, a su vez, gestionaran la autorización del señor Carranza. Don Venustiano dijo que no tenía inconveniente, pero que debía antes presentarse en México para darle cuenta de sus últimas impresiones sobre la situación internacional. Vino a México don Adolfo, sostuvo dos conferencias con el señor Carranza en las que le dio su opinión sobre la situación que se nos esperaba, informándole que felizmente había pasado el período más difícil y que se había salvado, sin menoscabo de nuestra soberanía ni de nuestra dignidad, sin gasto alguno y con una buena perspectiva para el futuro, toda vez que habíamos quedado como amigos. Después de sus pláticas con el señor Carranza, don Adolfo le dijo que ya había recibido él la súplica de sus coterráneos para que se trasladara a Sonora y que estaba recibiendo constantemente llamados de los representantes de su pueblo.

—No; —le contestó Carranza— es que yo todavía lo necesito aquí. Permanezca algún tiempo.

El señor De la Huerta había llegado a México a mediados de diciembre y atendió hasta donde fué posible la indicación de Carranza,

o mejor dicho, la orden del mismo para que permaneciera en México, pero corría el tiempo y se acercaban las elecciones de Sonora.

Desde el año anterior se habían presentado las candidaturas de Conrado Gaxiola, hombre bueno, un tanto inclinado a la juerga y al bullicio, pero de familia muy honorable, bien relacionado, de carácter campechano; tenía muchos amigos y era popular en la frontera. Este fue lanzado por el general Obregón que deseaba tener así en el gobierno una persona de su absoluta confianza. El socio de Obregón en la firma Alvaro Obregón & Cía., era Ignacio Gaxiola, hermano de Conrado y naturalmente, teniendo a éste en la gubernatura, sus negocios prosperarían contando con apoyo oficial. Le facilitó, según propia confesión de Obregón, cincuenta mil pesos en dos partidas y además el uso de su automóvil que lucía en las portezuelas las iniciales A. O. y era de todos conocido como suyo.

Además, el entonces gobernador del Estado, general Plutarco Elías Calles, a quien don Adolfo entregó el poder cuando dejó la gubernatura provisional, había estado en conversaciones con el general Miguel Samaniego, su segundo cuando estaba en las defensas de Naco y Agua Prieta; hombre valeroso, honorable en lo que a dineros se refería, pero muy inclinado a la bebida y matón. No tenía escrúpulos para mandar a una persona al otro mundo. Samaniego estaba preparando su candidatura, enviando primero comisionados para preparar el terreno en el distrito de Arizpe, en todo Sahuaripa y hasta en Hermosillo. Después él se presentó personalmente e inició su campaña, muy desairada por cierto. La popularidad de Calles no era grande y no podía reflejarle mucha fuerza política a Samaniego a quien, además, nadie consideraba capacitado para gobernar el Estado, dada su conducta de hombre entregado a los vicios. Su desmedida afición a la bebida le había ocasionado fracasos militares pues había sido sorprendido por el enemigo y precisamente en la batalla de San Pedro, su derrota se debió a que Villa lo sorprendió en plena borrachera.

Pasó todo el mes de diciembre y don Venustiano aun retenía al señor De la Huerta en México. Pasó enero en las mismas condiciones, pues don Adolfo seguía en la capital solamente escribiendo a sus amigos que esperaran a que el señor Carranza lo autorizara para ir, y viendo que semana tras semana le decía: "Espérese unos días más... espérese unos días más" le manifestó en forma insistente que tenía que salir, a lo que Carranza repuso: "No; si yo lo necesito aquí para que se haga cargo de la Secretaría de Gobernación".

—No puedo —replicó De la Huerta—. Le digo que tengo un compromiso ya contraído con mis coterráneos y voy a allá a la lucha.

—No —insistió—; espérese todavía porque tengo alguna otra cosa, otra comisión que ofrecerle.

Dándose cuenta cabal el señor De la Huerta de que don Venustiano pretendía retenerlo con un pretexto u otro y que el tiempo se le echaba encima, pues las elecciones serían en el mes de abril (el 27 de ese mes de 1919) resolvió salir para Sonora sin avisarle y así lo hizo. Llegó a Sonora el 5 de febrero de 1919; hizo una campaña rápida comenzando por Nogales donde tenía pocos partidarios. Esas ciudades fronterizas habitadas por gente licenciosa (con honrosas excepciones, naturalmente) inclinada al contrabando que casi no se considera como delito sino que es actividad común en la frontera, gente en fin, para la que la candidatura de un hombre como De la Huerta resultaba inconveniente, pues sabía de antemano que combatiría todas las irregularidades, que perseguiría los lupanares existentes, las casas de lenocinio, los juegos de azar que con tolerancia del gobierno local hacían su agosto en aquellos días.

La campaña fue muy rápida, toda en automóvil. No contaba el candidato más que con dos mil pesos obtenidos con la venta de un auto de su propiedad y con ellos desarrolló sus labores. Recorrió todo el Estado y en ese recorrido le acontecieron cosas verdaderamente curiosas que, como él mismo decía "deben referirse ahora porque todavía viven los testigos con los que pueden comprobarse."

Y por ser particularmente interesantes los relatos y mantenerse tan vívidos en la memoria del hombre, dejamos nuevamente la palabra a don Adolfo de la Huerta:

"Desde mi interinato en el Estado de Sonora, en 1916, al llegar también a Nogales, nombrado por el señor Carranza para sustituir a Calles, Plutarco se sintió lastimado porque se le quitaba la gubernatura de Sonora y se trasladó a Agua Prieta. Allá tuve que encontrarlo para que me hiciera entrega del gobierno.

"Según me informaron algunos, se había dedicado a la parranda y al vicio desde tres días antes de mi llegada, y el administrador de la Aduana, que era entonces Gabriel Corella, me dijo: "Oye, Adolfo, no vayas a Agua Prieta. Calles trae una papalina fenomenal. Yo no creo que te ocurriera nada estando él en su juicio, pero en las condiciones que se encuentra no es responsable de sus actos". Dada la buena amistad



que existía entre Plutarco y yo, no atendí aquella advertencia y me fui a Agua Prieta. No sabía donde encontrarlo, pero casualmente, caminando por el pueblo, tropecé con uno de sus ayudantes a quien ya conocía; era un muchacho de Michoacán, mayor, de apellido Calderón; de buena conducta, serio, siempre amable conmigo. Le pregunté, después de saludarle, por el general Calles y me dijo:

—“Don Adolfo, voy a violar la consigna que tengo. Nos ha recomendado que no digamos en donde se encuentra.

—“Bueno —le dije— pero esa disposición no va conmigo.

—“Pues precisamente para usted es.

—Sin embargo, usted no me va a negar donde se encuentra. Eso ha de ser una broma de Plutarco.

—No, señor; anda tomado y está en casa de la gringa de las curiosidades.

—Bueno; hágame favor de irse usted por la otra acera y me va indicando con la mano donde debo dar vuelta.

—Sí. Allá verá usted el letrero que dice “Curiosidades Mexicanas”.

Y así lo hicimos. Llegué y le encontré sentado en una poltrona. Estaba bien tomado.

—¿Quihubo? —me dijo.

—¿Qué hay, Plutarco? Vengo a quitarte el gobierno.

—¿Por qué?

—Porque tienes alarmada a la República con esas resoluciones que has dado; con la circular 152 correlativa del decreto No. 1 (En la que la emprendía contra los que fabricaban aguardiente) Y me dice:

—Bueno, pues ahí está, agárralo. Yo sé que son cosas de ese viejo tal por cual.

—Pues vamos a levantar un acta.

—¿Qué acta ni qué acta! Yo no levanto acta. Agarra el gobierno y se acabó.

—Muy bien.

"En esos momentos entraba Calderón a quien saludé fingiendo que no lo había visto antes: "Hombre, qué a tiempo llega, Calderón; aquí le voy a necesitar. Hágame favor de tomar papel y lápiz, voy a dictarle unos telegramas." Plutarco guardaba silencio, se concretaba a oír. "Un telegrama para el primer jefe participándole que he tomado posesión del gobierno que me entregó el general Plutarco Elias Calles; luego telegrama circular a todos los presidentes municipales participándoles también que por instrucciones del señor Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista, me había hecho cargo del gobierno del Estado que me había entregado el general Calles." Los fue a poner a la oficina telegráfica y a quedarnos solos me preguntó Calles:

— "¿Y qué van a hacer conmigo?

— "Tengo instrucciones de comunicarte que el jefe te necesita en México y tienes que trasladarte allá.

— "Bueno; ya veremos.

"Y después de platicar sobre cosas sin importancia y tras de desahogos de Calles en contra del señor Carranza por la resolución que había tomado con respecto a su Estado, continuamos conversando hasta que regresó Calderón, al que dije que me hiciera favor de separarme una habitación en el hotel.

— "Están todas tomadas —dijo Calles—. Que te le pongan un catre en mi cuarto.

"Siguió la charla por espacio de una hora más o menos; yo contándole asuntos del interior y procurando hacer lo menos amarga la píldora que tenía que tragarse. Por fin le dije:

— "Vamos a acostarnos, Estás rendido por el aguardiente que has ingerido y es bueno que te acuestes. Yo, además, vengo muy cansado.

"Me lo llevé caminando en zig-zag; llegamos al hotel y al cuarto. Sacó su revólver y lo metió debajo de la almohada. Yo me acosté en mi catre y, por aquello de las dudas, no me entregué a un sueño muy profundo. A eso de la una de la mañana advertí que se sentaba.

—“¿Te sientes mal? —pregunté.

—“No. Es que estaba pensando que va a ser muy ridículo el papel que voy a hacer aquí después de haber entregado en paz el Estado.

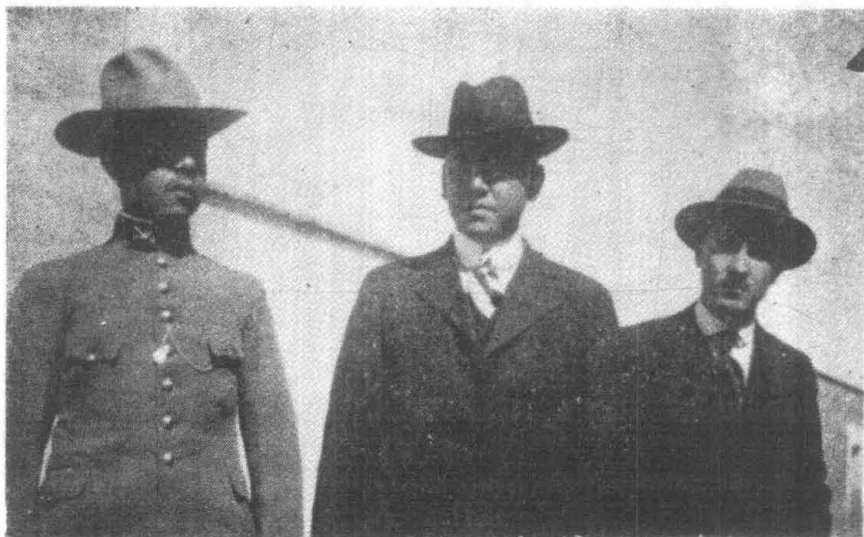
—“¿Por qué? —repuse—. Te llama la superioridad y vas a cumplir una orden superior.

—“Se me ocurre —arguyó—, a ti que te oye tanto el jefe, pedirte que le pongas un telegrama diciéndole que me deje aquí como jefe de operaciones porque tengo que interiorizarte de muchos asuntos pendientes aquí en el Estado.

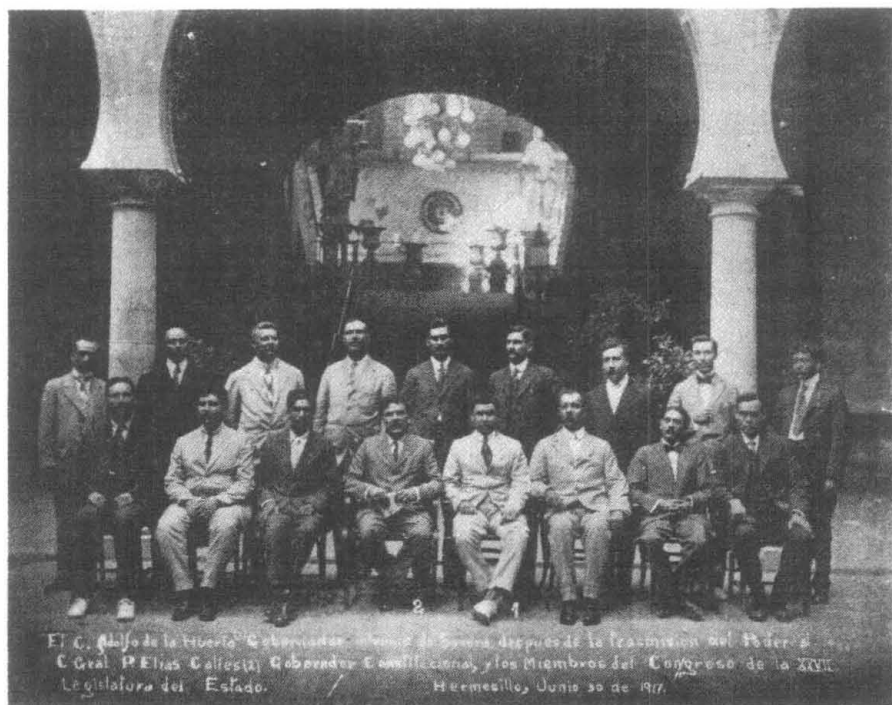
—“Muy bien. Con todo gusto; y estoy seguro que el señor Carranza accederá. Mañana, a primera hora. Y ahora duérmete para que descanses y amanezcamos bien y mañana que nos levantemos nos vamos directamente al telégrafo a poner el mensaje que quieres. Estoy seguro que la comisión que vaya a encomendarte o lo que vaya a hacer contigo, lo ha de posponer para que tú me interiorices de aquí del Estado y que no salgas tú, como crees, en forma desairada.

—“Bueno —repuso— entonces lo vamos a hacer así.

“Ya entonces me di cuenta de que Calles comprendía que su trayectoria política dependía en gran parte de mí (como antes también había dependido) y ya dormí con tranquilidad. Había ligado su conveniencia con la mía. En esa forma, al día siguiente, cumpliendo lo ofrecido, me dirigí al señor Carranza. Contestó diciendo que mientras durara el tiempo que yo necesitaba para tomar informaciones sobre el Estado, que quedara provisionalmente encargado de la jefatura de operaciones. Ye mostré el telegrama; quedó muy complacido, pero a pesar de eso y de que él sabía que de mí había dependido aquello comenzó a dar a entender a sus “achichintles”, a todos los llamados “cachucos” que él seguía contando con la preponderancia en el Estado y hasta les sugirió alguna conducta de burla y no muy amistosa para conmigo. Lo dejé allá en Agua Prieta y me fuí a Hermosillo.



El entonces teniente coronel Lázaro Cárdenas y el gobernador interino del Estado de Sonora don Adolfo de la Huerta, cuando ninguno de los dos soñaba que más tarde ocuparían la presidencia de la República. Foto tomada en Hermosillo, Son., el año de 1916.



El C. Adolfo de la Huerta, gobernador interino de Sonora, después de la transmisión del poder al C. Gral. Plutarco Elías Calles, gobernador constitucional, y los miembros del Congreso de la XXVII Legislatura del Estado. Hermosillo, junio 30 de 1917.

“Habían estado publicando algunos artículos en mi contra, censurándome porque venía a sustituir a Calles a quien se le hacía menos después de haber derrotado al maytorenismo y otros méritos. Llegué a Hermosillo y comencé a despachar.”

## UN TESORERO ENEMIGO POLITICO

“**E**L mismo día que inicié mis labores en sustitución del general Calles como gobernador provisional de Sonora, el tesorero del Estado, que lo era Flavio Bórquez vino a mi despacho y arrojó sobre la mesa un pliego.

—“¿Qué es esto? —interrogué.

—“Mi renuncia.

—“Por qué?

—“¿Qué... no ha leído mis artículos?

“Había publicado dos artículos en el periódico Reforma Social, bravos en mi contra sobre el tema que había tomado todo el grupo callista: Que yo era un mal amigo, que era un mal sonorense cuando había aceptado venir a desbancar a Plutarco, el héroe triunfador del maytorenismo.

—“Sí; he leído sus artículos; pero esas opiniones de usted son las que me inclinan a no aceptar su renuncia.

—“¿Por qué?

—“Porque a través de sus escritos se ha presentado usted como mi enemigo. Y usted es el mejor tesorero del Estado, es decir el guardián de los fondos públicos, puesto que está en antagonismo conmigo, con el gobernador; así mayor es la garantía para el pueblo de Sonora.”

—“Pero es que sería indecorosa mi actitud si siguiera aquí.

—“No voy a entrar en discusiones con usted. Usted sigue encargado de la tesorería.

—“Usted no puede obligarme a que siga aquí.

—“Y usted no puede abandonar el tesoro del Estado mientras no se nombre sustituto y tiene además obligación, ya que está usted afiliado al constitucionalismo, de continuar con las comisiones que se le den. Yo soy aquí delegado de la primera jefatura (era el período preconstitucional, pues esto ocurría el 25 ó 26 de mayo de 1916). Así es que mientras no se nombre sustituto, y no lo voy a nombrar, usted queda encargado de la Tesorería. Están en suspenso las garantías individuales y usted está obligado a continuar como guardián de los fondos públicos.

“No tuvo remedio y se marchó a la Tesorería y así continuó actuando a mi lado.

“Flavio Bórquez fue un hombre de una honorabilidad completa. Había tenido conmigo algún disgusto cuando se presentó el alegato de Obregón por la presidencia municipal de Huatabampo. Con anterioridad, él, Benjamín Hill y Ataúlfo Bórquez cayeron presos y equivocadamente culpaban a Obregón de ello, considerándolo el delator. Cuando se discutió en el congreso local la elección de presidente municipal para Huatabampo, yo defendí el triunfo de Obregón y Flavio, con otro diputado de nombre Garduño la atacaron. Las discusiones, tanto en la Cámara como fuera de ella, fueron acaloradas; los ánimos se agriaron y tuve algunas apreciaciones muy duras para Flavio Bórquez, algunas de ellas (un poco injustificadas de mi parte) le hirieron profundamente y nunca llegó, en el fondo, a olvidar los cargos que le lancé en aquella ocasión. Por el contrario, yo procuré inutilmente un acercamiento; le reconocía como un viejo revolucionario, honorabilísimo a carta cabal, hombre de temple, merecedor de respeto y consideración. Pero no conseguí nunca sentirlo reconciliado conmigo. Fue posteriormente Contralor de la Nación. Obregón, que no lo quería, no aceptó al principio la designación de él, pero Calles, que sí lo estimaba mucho, me acompañó para ver a Obregón

a fin de que se le concediera la Contraloría de la Nación precisamente por su rectitud y honorabilidad de todos reconocida.

"Pero volvamos a Sonora: Cuando regresé yo de Agua Prieta después de estar con Calles y de conseguirle la jefatura de operaciones, me dijo Gabriel Corella:

— "¡Qué bien que ya saliste de una! Pero ahora te estoy esperando con otra."

## EL KIBBY "COCHI" Y SUS INTENTOS DE VENGANZA

— "ESTAN aquí —me decía Corella—, los deudos de los muertos que hizo durante el gobierno porfirista un americano que se apellida Kibby. Creo que le llaman el Kibby "Cochi". Rico americano que llegó pobre a Sonora y se levantó en contubernio con el gobierno de Díaz y de los Estados y había sido señalado como directamente responsable en la muerte de varias personas. Los deudos de las víctimas, aun después del triunfo de la revolución, habían buscado en vano quien les hiciera justicia, quien les oyera, quien diera entrada a sus acusaciones y reclamaciones.

"Todo eso me platicó Corella y yo había oído ya algo sobre el particular, pero no conocía detalles.

— "Muy bien —le dije—, pues diles a esos señores que ahora sí tendrán garantías; que yo no le tengo miedo a ese bicho.

"Decían que era implacable; que así había matado a tantos y que con el dinero que ahora tenía, era aún más temible. Era el dueño de la "Alamo Cattle Company".

"Vista mi resolución, Corella me trajo a cinco individuos que se identificaron como descendientes de aquellos muertos por el Kibby porque habían sido desafectos al go-



bierno. El matarife norteamericano era el instrumento de que se valían las autoridades porfiristas en Sonora, para quitar de enmedio a los inquietos y enemigos del régimen.

"El juez, que si mal no recuerdo, se apellidaba Toledo, recibió las delaciones de aquellas personas y valientemente les dio entrada. Ya se había corrido la voz por todo Nogales de que yo había prometido que durante mi administración habría toda clase de garantías para que se hiciera justicia.

"Llegué a Hermosillo y al segundo día se me presenta Mr. Kibby. Era de buena presencia; no denunciaba su aspecto los bajos sentimientos que albergaba, lo criminal que había sido. Estaba casado con una hija del coronel Mix que, más tarde, se divorció de él porque, siendo una dama honorable por todos conceptos, descubrió todos los crímenes de que su esposo era responsable.

"Pidió audiencia Mr. Kibby y yo se la concedí. Lo traté con toda corrección, él también muy circunspecto y cortés.

—"Señor gobernador —dijo—, vengo a presentar a usted una queja (en muy claro español). Me han informado que el juez de Nogales ha dado entrada con autorización de usted a algunas acusaciones que mis enemigos me lanzan a través de escritos dizque de petición de justicia.

—"Sí; ya tenía noticias y ese es mi criterio. Por eso no debe usted protestar, al contrario. Usted sabe que públicamente se le atribuyen grandes responsabilidades en la muerte y la desaparición de varias personas en los distritos de Altar y Magdalena.

—"Pero eso no es cierto.

—"Pues precisamente, ahora podrá usted probar su inocencia y ya no estará en entredicho ante los habitantes de Sonora y aun muchos de Arizona que lo ven con cierta desconfianza porque hasta la fecha no se ha aclarado nada. Esta es una magnífica oportunidad para usted.

—"No; es que por sobre esa consideración está la otra: que mis negocios van a sufrir grandemente. Mi crédito se afec-

ta y naturalmente esas acusaciones van a significar pérdidas muy grandes para mi negocio; y yo estoy dispuesto a perder cien mil dólares antes de que sean mayores las pérdidas. (No recuerdo bien si la oferta fue en pesos o en dólares)

—“¿Qué quiere usted decir con eso?

—“Bueno... que... yo se los puedo entregar a usted para las obras de beneficencia que usted quiera; eso lo resolverá usted, pero yo los pongo en sus manos.

—“Ya con esa proposición de usted —exclamé airado—, sé la clase de pícaro y de bandido que es. Ya me doy cuenta que con ese dinero quiere usted cubrir sus crímenes y el esclarecimiento de ellos, al que teme. ¡Largo de aquí inmediatamente! —Lo hice salir, y ya en la puerta me dijo:

—“Ya veremos de cuál cuero salen más correas. —Y se largó.

“Era muy aficionado a los dichos mexicanos, haciendo siempre alarde de que dominaba nuestro idioma”

## EL PRIMER INTENTO

“**A**LGUN tiempo después, ya en pleno desarrollo de mis labores como gobernador provisional, llegó la candidata a vicegobernadora de California, Helen Williams, acompañada de seis periodistas. El día anterior había llegado el mundialmente famoso Upton Sinclair y todos ellos venían a darse cuenta de la labor social que estaba yo desarrollando en Sonora.

“Diariamente iba yo al hospital a inspeccionar los trabajos que estaba llevando a cabo el administrador, que era un antiguo soldado de Angel Flores: Alfredo I. Campos y a quien, por recomendación de aquel jefe, tenía yo a mi lado. Diariamente me esperaba él trabajando allí en el hospital y

era frecuente que le encontrara limpiando los cristales con algún saco de empaque.

"En aquella ocasión no llegué a la hora acostumbrada por estar atendiendo a Helen Williams y a los periodistas norteamericanos. Llamaron mucho la atención mis decretos laboristas de aquella época: la fundación de la Cámara Obrera, los Reglamentos del Trabajo y otras de la misma tendencia.

"Mientras yo llegaba, Alfredo I. Campos, que me tenía grande afecto, vio un individuo sospechoso. El siempre me recomendaba que no caminara enteramente solo por las calles ni anduviera dando vueltas en la plaza por las noches. "Todavía quedan muchos residuos de grupos antagónicos —me decía— y cualquier día le dan a usted un golpe". Yo le agradecía su interés, pero no hacía caso de la advertencia.

"Aquella ocasión, como dije, notó la presencia de un tipo sospechoso estacionado en el jardín de enfrente. Se hallaba recargado sobre un árbol y volvía continuamente la cabeza en la dirección en que debería yo llegar. Campos se le acercó y le interpeló:

— "¿Qué hace usted aquí?

— "No le importa.

— "Pues si no tiene asunto aquí, hágame favor de marcharse.

"El desconocido no hizo caso, Campos insistió, tuvieron un altercado y Campos quiso cogerlo del brazo, pero el otro sacó un cuchillo y se le echó encima. Con el saco de empaque que había utilizado para limpiar los cristales, Campos se defendió arrojándolo a la cara de su agresor y huyó hacia la entrada del hospital, que estaba guardada por dos chamacos.

"En los cuerpos de la Revolución, los batallones, siempre había algunos chiquillos de catorce o quince años y esos los dedicaban a cuidar hospitales y la Cruz Roja. Varios de esos chiquillos estaban encargados de la vigilancia del hospital; dos de ellos como centinelas a la entrada.

"Campos, que había tenido el grado de teniente coronel, les ordenó irse sobre aquel individuo que se alejaba caminando rumbo a la esquina opuesta. Entonces los juveniles guardias comenzaron a gritarle que se detuviera, pero aquél, al llegar a la esquina sacó un revólver e hizo fuego contra ellos. No hizo blanco. En cambio, cuando asomó la cabeza por segunda vez, uno de los muchachos le tendió el rifle y le puso una bala en medio de la frente, matándole instantáneamente. Lo registraron y encontraron en su bolsillo un papel que decía: "Al cumplir su compromiso se le darán los tres mil dólares restantes". Firmaba un tal Lion, pero después se averiguó que era el mismo Kibby quien lo había mandado. Había conseguido que se lo entregaran de la cárcel de Phoenix y lo había armado y aleccionado. Y más aclarado quedó el asunto porque al caer muerto aquel individuo vino una mujer a inclinarse llorando sobre el cadáver. La detuvieron los policías que habían acudido y ésta confesó que le habían pagado al individuo aquel unas personas cuyos nombres no conocía, pero las señas que daba coincidían con las del Kibby.

"Naturalmente, yo supliqué a todas las autoridades que conocieron del asunto que guardaran el secreto, pues siempre hay cierto demérito de popularidad en la personalidad del funcionario que es objeto de un atentado. Se cree que ello responde a un estado de oposición que viene a cristalizar en un individuo. Aquello, por supuesto, era cosa distinta; era del otro lado, pero era difícil de comprobar y se le echó tierra al asunto".

## NUEVA INTENTONA DE ASESINATO

"**N**O cejó en su propósito el Kibby por aquel fracaso. Tenía fama de ser hombre que no perdonaba y al parecer estaba dispuesto a demostrármelo.

"Su segundo intento fue así: Ramón P. de Negri, que en aquellos días era cónsul de México en San Francisco, Cal., me puso un telegrama diciéndome que, llamado por el señor Carranza, iba a México y que si algo se me ofrecía me llegara yo hasta Nogales para encontrarlo a su paso y hacerle los encargos que necesitara. Le contesté de acuerdo; él me dio la fecha y se corrió la voz de que iba yo a trasladarme a la frontera. Yo nunca hacía viajes secretos; todo el mundo sabía adonde iba y en qué fecha. Me embarqué pues, el día convenido para ir a encontrar a mi viejo y estimado amigo, pues tenía algunos encargos que hacerle; alguna documentación que enviar al señor Carranza; entre otras cosas, unos informes minuciosos y realmente curiosos de un inglés referentes a Huepac. Eran estudios que bien podían aprovecharse.

"Pero al llegar cerca de la estación Pesqueira, donde había un puente enhuacalado, nos encontramos que tal puente había sido arrastrado por las aguas. Sin embargo, no había llovido, de manera que aquello resultaba casi inexplicable y así se lo pareció al conductor y ferrocarrileros en particular.

"Pregunté cuánto tiempo tardarían en reparar aquello y me dijeron que de catorce a quince horas; pensé que era mucho tiempo para perderlo allí y pedí que me regresaran a Hermosillo, lo que se hizo con la máquina y el cabús. Ya en Hermosillo telegrafíé a De Negri instruyéndole que se llegara hasta allá en vista de que yo no había podido llegar al lugar de la cita. Aquel puente, misteriosamente caído, fue mi salvación.

"Cuando la amenaza de ruptura con los Estados Unidos con motivo de la Punitiva, la situación tomó en Sonora aspectos muy serios y muchos se dieron de alta considerando la guerra inminente; de ellos buen número era del distrito de Altar y del de Magdalena: Estos quedaron incorporados a los cuerpos militares que había, aportando sus propias cabalgaduras, monturas y armas, la mayor parte de ellas 30-30.

"Aquellos voluntarios, pasado el momento de peligro de guerra, tenían ya tiempo de estar gestionando su baja, pero

de México no se las concedían y, desesperados, dieciséis de ellos, del distrito de Altar, resolvieron desertarse y emprenderla para su tierra sin avisar. Así lo hicieron y salieron rumbo a Santa Ana y al pasar por las cercanías se encontraron con ocho individuos que estaban apostados, esperando el paso del tren que debió conducirme. Yo viajaba siempre sin escolta, sin guardias; cuando mucho algún amigo a quien invitaba. Y esos ocho individuos (contratados por el mismo Kibby, como se comprobó más tarde por uno de ellos que quedó herido), estaban esperándome.

“Habían colocado una bomba en uno de los rieles, que después se quitó cuando uno de los heridos confesó su existencia y señaló su posición. Pero aquellos ocho, que se encontraban ahí agazapados, al ver a los dieciséis que montados y armados se acercaban, creyeron que habían sido descubiertos y que esa partida venía en su contra y abrieron el fuego. Naturalmente los otros contestaron y se trabó un tiroteo en el que resultaron muertos tres de los ocho y quedó uno herido, que fue por el que supieron de la bomba y su colocación. Los otros huyeron, pasando al otro lado de la frontera.

“Ese fue el segundo intento del Kibby.

“Todo esto ocurrió en el período preconstitucional, durante mi interinato, pero cuando empecé la jira como candidato constitucional, me ocurrieron cosas más extraordinarias aún.”

## LA LAMPARA SALVADORA

“**A** PROXIMADAMENTE en febrero o marzo de 1919 me trasladé a Nacozari, donde los obreros ya me habían advertido que debería considerarme en territorio enemigo, pues como los capitalistas de Cananea no querían que yo llegara al gobierno en vista de las leyes progresistas que había dictado

durante mi interinato, estaban dispuestos a estorbarme todo lo que pudieran.

"Las empresas mineras veían pues con malos ojos mi candidatura y la de Cananea cerró la negociación, probablemente para cegar aquella fuente de propaganda que había en mi favor entre todos los trabajadores. Quizá pensaron que si contaban con elementos económicos podían servirme y que quitándoles el trabajo suprimirían su apoyo en mi favor. Resultó todo lo contrario, porque ya sin trabajo en Cananea, los obreros se desparramaron por todo el Estado, y en todas partes me encontraba yo partidarios de aquel mineral que andaban en jira de propaganda en carretas y carretones por todos los caminos; y en todas partes los recibían bien y les proporcionaban alimentos. Eran por centenares los propagandistas trabajadores de Cananea; seis u ocho mil que quedaron libres para llevar a cabo aquella propaganda cuando la compañía cerró sus puertas y los dejó sin trabajo. De manera que la maniobra les resultó contraproducente.

"Nacozari no cerró, pero sí públicamente decía la empresa a sus amigos que no debían votar por mí porque probablemente ellos cerrarían la negociación y ya no tendrían trabajo.

"Hablé en Nacozari primeramente. Tomaron notas los taquígrafos de las compañías y, naturalmente, al leer mis discursos a los empresarios y directores, deben haber manifestado su reprobación.

"Hay que hacer constar este dato curioso: fui a pedir un cuarto al hotel que era propiedad de la compañía minera y me lo negaron; pero una señorita profesora americana que estaba allí, me dijo: "señor De la Huerta, acabo de oír lo incorrecto que son con usted los de la negociación. Tiene usted mi cuarto a sus órdenes; yo me voy con una amiga". Le di las gracias y por darle en la cabeza a la compañía lo utilicé sólo para asearme y darme un baño. Bajé luego a desayunar; me sirvieron de mal modo y allí encontré en copas, después de una

parranda de toda la noche, a Rafael Gavilondo; millonario del norte; buen amigo en lo personal, quien me dijo:

—“No, hombre, si aquí no te queremos. Tus teorías no van de acuerdo con el progreso del Estado, son disolventes. Y realmente lo sentimos por tratarse de ti que vienes tomando esas tendencias. Toda la gente bien de Sonora está en contra de esas ideas.

—“Sí —le respondí—, es natural. Los hombres de dinero, los hombres que han estado gozando de privilegios, tienen que ver como una amenaza la política que yo inicié en mi pasada actuación y que temen que hoy vuelva a continuar, como efectivamente lo haré.”

—“Sí; ya leí tu programa de gobierno que es tremendo. Parece que vienes todavía más afilado. —Todo aquello dicho en medio del atarantamiento de la cruda. “Bueno, y hasta eso —continuó— que todos reconocemos que eres hombre honrado, que eres hombre sincero, que eres un hombre de bien y por eso te queremos personalmente y te tememos como autoridad. Y mira: dentro de ese cariño que como amigo te tengo, va este regalo”. Y me ofreció una lámpara eléctrica de mano, de esas niqueladas y largas como de un pie con tres elementos y tres bulbos. “Te la doy —me dijo— para que te salve la vida”.

—“¿Y por qué se te ocurre eso? —pregunté.

—“Ya verás. . . —Y no dijo más pues ya las copas que se había tomado para “curarse la cruda” le hacían efecto.

“Yo no hice caso de aquella vaga predicción; consideré que eran “puntadas de borracho”, pero de todos modos agradecí el obsequio y encargué a alguno de mis acompañantes que me lo guardara.

“La emprendimos para Pilares de Nacorazi, que está cercano. Para ir de Pilares a Nacozari puede usarse una carretilla de cable, una especie de funicular primitivo en el cual una ruptura del cable sería sin duda mortal.



“Cuando yo me dirigía a aquella carretilla, me dijeron mis acompañantes que era mucho arriesgar pues creían que alguna maniobra se había llevado a cabo en los cables, algo se había visto o sabido y no debíamos utilizar tal medio de transporte. Me sugerían que diéramos un largo rodeo. Yo pregunté si no había otro camino más corto y se me informó que solamente el del túnel. Se trataba de un túnel horadado especialmente para dar paso a las vagonetas que, cargadas de mineral, eran remolcadas por una pequeña locomotora. Pero el túnel es tan estrecho que apenas libran los bordes de las vagonetas y cuando éstas van cargadas de metal, el espacio libre es aún menor. No dejan sitio para que una persona pueda escapar de ser aplastada. Se decía que alguna vez un hombre se libró de ser muerto arrojándose al suelo y casi sumergiéndose en un charco de agua, en cuya posición apenas pudo conseguir que el convoy pasara rozándole. Y el túnel tenía aproximadamente unos cuatro kilómetros de extensión. Escogí aquel camino; íbamos Mario Hernández, Luis Montes de Oca, Pedro Rodríguez Sotomayor, Alfonso Leyva, Benito Peraza y un obrero de Cananea de apellido García.

“Había terminado de pronunciar mi discurso que fue tomado por los taquígrafos. Dos había pronunciado: uno en el Centro Obrero y el otro en la plaza para el público en general. Habían sido bravos, atrevidos y los habían estado transmitiendo por teléfono a la compañía.

“Cuando después de terminado el mitin resolví utilizar el camino del túnel, dije a Pedro Rodríguez Sotomayor, que era profesor:

—“Oiga, Pedrito: hágame favor de ir allá, donde están despachando los trenes, para decirles que no vayan a mandar ninguno porque vamos a pasar caminando por el túnel. —Fue, regresó y me dijo que había cumplido con el encargo. Y así ya nos fuimos tranquilamente por el túnel.

“Pero cuando íbamos como a las dos terceras partes, vimos que la boca hacia donde nos dirigíamos, ¡ SE TAPABA!

"Era un tren cargado de metal que nos habían echado y, para colmo de desgracia, no venía con la máquina a la cabeza del convoy, sino que las vagonetas cargadas de mineral venían por delante.

"Tratamos de advertir al personal del tren por medio de gritos, pero parecía que la voz no corría y comprendíamos que era casi imposible que el maquinista allá al final, pudiera oír nuestros gritos distantes por sobre el ruido del convoy.

"En la obscuridad sentíamos que el tren se nos acercaba cada vez más y que nos aplastaría antes de que nadie se diera cuenta de ello. Entonces, providencialmente, me acordé de la lámpara eléctrica que me había regalado Gavilondo, que traía aquel obrero García. Le grité:

—"¡García! ¡García! ¡La lámpara! ¡Encienda la lámpara!

"García encendió la lámpara y a poco sentimos que el tren disminuía su marcha. Un garrotero que venía en la vagoneta del frente y se comunicaba mediante tirones a una cuerda que llegaba hasta la máquina, había visto la luz e indicado al maquinista que había que detener el convoy.

"Después, y en la imposibilidad de explicar al maquinista la situación, nos prendimos como pudimos de las vagonetas cargadas de metal, con riesgo de caer y ser aplastados y en esa forma fuimos devueltos a la entrada del túnel, pues el maquinista siguió su recorrido normal.

"Cuando salimos a la luz del día y aquel maquinista se dio cuenta de la gravedad de lo sucedido, casi quería pegarme de indignación. Resultó ser uno de mis más entusiastas partidarios y la idea de que estuvo a punto de causar nuestra muerte le trastornaba.

"El mismo atribulado maquinista nos arregló ya un pequeño convoy y en él cruzamos de regreso llegando a Nacozari donde Morales, que era el nombre de aquel maquinista, se despidió de nosotros todavía mascullando protestas por nuestra imprudencia."

## TOMASITO ESPINOSA, UN TIPO SINGULAR

**“E**N Nacozari los obreros me hablaron de una conspiración en mi contra en Agua Prieta y me aconsejaron que suspendiera mi viaje, diciendo que al fin y al cabo, se trataba de un pequeño pueblo integrado casi en su totalidad por contrabandistas y ladrones de ganado y no tenía mayor importancia. Les agradecí la información y fui a una barbería a cortarme el pelo. El barbero, que también era partidario mío, me confirmó las noticias de los trabajadores y me aconsejó también que no tocara Agua Prieta, pues una señora le había informado que un tal Valtierra era el comisionado por uno de los grupos para provocar la balacera en la que se proponían liquidarme. Agradecí el aviso y en parte lo atendí. Digo en parte, porque si fui a Agua Prieta, pero como los obreros me habían explicado que la tremolina se había preparado en el mitin que se iba a celebrar en la plaza, en lugar de presentarme allí, me fui a un hotelucho que había en las cercanías de la plaza. Ya al pardear la tarde, salí a platicar con mis amigos a la puerta del hotel aquel.

“Los pesqueiristas venían ya de vuelta de la reunión que habían tenido, así como los samanieguistas y en la que habían estado esperando mi presencia, pero como no llegué, algunos pesqueiristas subieron a las tribunas a hablar para sostener el entusiasmo del pueblo reunido y que siguiera esperando a ver si llegaba el enemigo. Pero como algunos de ellos ya estaban “afinados” (según la expresión de los obreros) para realizar la hazaña, comenzaron los balazos al aire y el escandalito.

“Yo veía el desfile de los que regresaban y entre ellos, al pasar, cuando yo me hallaba sentado en una mecedora de espaldas a la calle, oí una voz que reconocí como la de un amigo mío: Tomasito Espinosa, que fue diputado suplente en 1913:

viejo miembro del Partido Liberal de San Luis Potosí, que actuó al lado de Camilo Arriaga; fue muy perseguido y logró escapar al extranjero donde tuvo que trabajar como peón, pizcando y otro menesteres por el estilo. Por fin, regresó a Sonora. Era muy aficionado a los aguardientes y por ello sufrió mil penalidades. Era un tipo muy interesante Tomasito.

“Como decía, reconocí su voz y sin volverme, le grité:

—“Adiós, Tomasito.

—“¿Quién me habla?

—“De la Huerta.

“Me reconoció y abrazándome por la espalda me dijo:

—“¿No sabes que estuve en tu contra ahora en el mitin que se organizó y que te estuvieron esperando y no sé por qué no fuiste allá?

—“Pues venía bastante cansado —repliqué— y tenía descartada a Agua Prieta en el itinerario de mi propaganda.

—“Pues hablé en tu contra y dije que como yo estaba manchado, estaba con los míos, los partidarios de Pesqueira, que constituimos la mayoría porque siempre los malos estamos en mayor número; que como tu representabas a la gente honrada, la gente de bien, pues que ibas a estar en minoría y nosotros íbamos a ganar. Que por eso yo me había afiliado al pesqueirismo, pues yo tenía el antecedente de haber salido desfalcado.

“Y según me informaron, así mismo lo dijo en su discurso. En realidad yo creo que él hablaba así porque sabía que todos sus amigos conocían la verdad de su aparente desfalcó, pues ello había sido un robo que sufrió.

“Sucedió que, siendo Tomasito encargado de la oficina de correos en calidad de administrador, puesto que había sido gestionado por mí en 1916 ó 1917, trabajó los primeros días con todo acierto, morigerando sus costumbres y absteniéndose un poco de ingerir alcohol. En alguna ocasión llegó allí una compañía teatral, entre cuyos elementos figuraba Elena de

la Llata y platicando con Tomasito sobre amigos y otros tiempos, comenzaron a tomar tequilas. Se entusiasmaron y pasaron luego a la oficina de correos para continuar sus libaciones. A eso de las tres de la mañana se fueron a tomar "menudo", dejando abierta la oficina. Naturalmente no faltó algún vivo que se metiera allí y encontrando el arca abierta, pues pecó llevándose estampillas y algo más. Tomasito denunció el hecho, pero no pudo probar que había sido robado y se rumoró que había sido un autorrobo. Yo me encontraba en Sonora al llegar el inspector que levantó el acta correspondiente señalando un faltante de ochocientos pesos. Yo mismo proporcioné esa cantidad a Tomasito, pero a pesar de que también me dirigí telegráficamente a México, no quisieron hacerme caso porque además del efectivo habían desaparecido dos máquinas de escribir. Por tanto, Tomasito fue cesado y cesado quedó. Entonces hizo imprimir y repartió entre sus amistades esquelas participando su propia defunción y se remontó a la sierra donde vivió cortando leña por algún tiempo.

"Por todo aquello Tomasito se consideraba manchado, y cuando vino mi candidatura se expresó en la forma que antes he dicho y en aquel mitin en el que proyectaban liquidarme.

"A poco llegó el general Samaniego. Algo que le dijo a un teniente coronel que le acompañaba, llegó a mis oídos y a mi vez hice algún comentario irónico. Entonces Samaniego me siguió a mi cuarto y allí tuvimos un altercado bastante fuerte, que por fortuna terminó sin mayores consecuencias."

## EL GENERAL MIGUEL SAMANIEGO

**"D**E Agua Prieta salimos para Cananea. Mis partidarios prepararon una gran recepción con un gran mitin frente al hotel Plaza, en la esquina del Banco de Cananea, que era donde

se acostumbraba levantar la tribuna para los oradores y candidatos.

“Al mismo hotel Plaza, donde me hallaba yo hospedado, llegó el general Samaniego el día que se preparaba el mitin. Nos saludamos y me dijo que ese mismo día iba él a hacer su mitin; le aconsejé que lo pospusiera ya que no le convenía hablar ni presentarse ante mis partidarios que habían sido convocados por los representantes de mi partido, pues no encontraría atmósfera propicia; que era preferible que sus partidarios convocaran al siguiente día a los suyos para que resultara lucida la manifestación aquella. No quiso oírme y dijo que él hablaría después del mitin y si era posible en medio del mitin delahuertista.

—“Muy bien; usted apreciará las consecuencias.

—“Yo soy hombre para afrontar cualquier consecuencia.

—“Perfectamente —repliqué— y es más: yo le voy a pagar la música. Voy a decir a mis partidarios que avisen a la orquesta que continúe para que cuando hable usted tenga también acompañamiento. —Eso, naturalmente, lo decía en forma irónica, pero así fue.

“Durante el mitin y después que alguno de mis partidarios habló, yo hice uso de la palabra sin hacer referencia, naturalmente, a las otras candidaturas, sino presentando mi ideología y los proyectos que tenía para organizar el gobierno del Estado. Terminó el mitin mío; la emprendí para el hotel y uno de los ayudantes de Samaniego anunció que se presentaría el general Samaniego. Efectivamente, subió a la tribuna y se dirigió al pueblo, pero como todos eran partidarios míos, particularmente en aquel lugar, que era un verdadero baluarte, pues la casi totalidad de los obreros eran mis amigos o formaban parte del Partido Revolucionario Sonorense o del Partido Obrero de Cananea, pues inmediatamente comenzaron los siseos y la rechifla, interrumpiendo la perorata de Samaniego que desde el principio aludió a mí en forma agresiva. No atacó a los otros candidatos que eran Nacho Pesqueira y Con-

rado Gaxiola; únicamente a mí. Terminó en medio de una rechifla general y una gritería hostil. Algún sargento que había militado a sus órdenes le lanzó el cargo de que debido a sus borracheras había sido sorprendido y le habían causado muy numerosas bajas y que él mismo había resultado herido en tal acción. Total, que Samaniego salió como rata por tirante.

Acompañado de sus partidarios, que habían venido de las serranías, se dirigió al hotel. Le habían dado la habitación grande del fondo, que era la más amplia de todas. Al pasar frente a mi habitación, uno de sus ayudantes me indicó que el general deseaba verme.

"Luis León y cinco o seis obreros que me acompañaban, me aconsejaron que no fuera.

— "Que venga él aquí, candidato — me decían.

— "No — dije —, yo voy a ir para allá. — Pero como seguían platicándome y se había presentado una nueva comisión llamándome a un punto cercano de Cananea denominado Puertecito, pues me entretuve y entonces el propio Samaniego vino a decirme:

— "¿Qué le pasa a usted? ¿Qué, no recibió mi recado?

— "Sí, general, recibí su recado.

— "¿Y por qué no ha venido?

— "Porque estaba aquí, ocupado con unos compañeros.

— "¿O es que tiene miedo...?

— "¿Miedo a qué? Allá voy.

"Cuando me preguntó si tenía yo miedo, había dado la media vuelta. Yo le seguí y fui a sentarme en medio de su grupo y en contra de la opinión de todos mis amigos. Felizmente, como los que le acompañaban ocupaban la mayor parte del espacio de la habitación, sentados en las pocas sillas con que contaba y en los catres de campaña, me tocó a mí sentarme cerca de la puerta.

"Con toda tranquilidad les pregunté qué se les ofrecía, usando aún el tono amistoso; pero inmediatamente brincó uno

diciendo que no porque una porra organizada por mí allá en Cananea me recibía con entusiasmo, fuera a crearme que todo el Estado estaba a mi favor; que al contrario, que todos estaban convencidos que yo era nada más que un tenor que podía cantar la Cavalleria Rusticana o La Traviata, pero que no estaba capacitado para gobernar el Estado.

—“Bueno —le contesté—, no es usted quien tiene el sentir de los habitantes de Sonora para escoger mandatario.

—“Pero entonces intervino Samaniego personalmente:

—“Esa gritería con la que me recibieron allí fue preparada por usted.

—“No, general; está usted equivocado. Yo mismo le hice esta mañana la aclaración de que debía usted presentarse en otra ocasión; que era un error hacerlo en mi mitin. —Pero él parecía dispuesto a armar camorra conmigo y continuó:

—“No; si usted siempre ha sido enemigo mío y un traidor para mí, porque usted, cuando era oficial mayor de Guerra, cuando el general Calles me iba a ascender o había propuesto mi ascenso a general de brigada, usted se opuso.

—“Está usted equivocado, general; yo nunca fui oficial mayor de Guerra; yo fui oficial mayor de Gobernación.

—“No; usted fue oficial mayor de Guerra —insistió, y yo contradiciéndole, pero al fin prorrumpió:

—“No se raje. Usted fue el que se opuso a mi ascenso.

—“¡Falta usted a la verdad!

“Por supuesto que no fueron exactamente esas mis palabras, sino que agregué dos o tres frases de las más duras, pues ya me había colmado la paciencia la terquedad del borracho aquel.

“Inmediatamente uno de sus partidarios sacó la pistola y me hizo un disparo a la vez que lanzaba un insulto. Uno de sus propios compañeros, que se hallaba a su lado y que era un villista, mejor dicho un ex villista de apellido Salazar, le dio un oportuno golpe en la mano desviando el arma de modo que el proyectil fue a incrustarse en el techo. La intervención de



aquel amigo en mi favor se explica por las simpatías que todos los villistas sentían por mí dada la buena amistad que me unía con su jefe. Simultáneamente con aquel disparo, mis amigos que habían venido acompañándome, irrumpieron en la habitación y uno de ellos me sacó violentamente en tanto que los demás, encabezados por Luis León, todos pistola en mano pues todos iban armados, se pararon en la puerta con las armas amartilladas. Naturalmente, como habían sentido ya la fuerza del partido que yo tenía en Cananea, los samanieguistas no sabían cuántos eran los que había detrás de los que cerraban la salida. Ocho o diez estaban a la vista, pero en el corredor podía haber muchos más y en vista de aquello optaron por no intentar salir en mi persecución.

"Los dos o tres que me habían sacado de allí, casi en peso, me hicieron bajar los escalones. Me sacaron de Cananea y me llevaron a un pueblecito de nombre Buena Vista, pues el presidente municipal de Cananea era samanieguista y según parece estaban decididos a que yo no saliera con vida de allí.

"Así escapé y la emprendimos a Santa Cruz, lugar intermedio entre Nogales y Cananea. Mis partidarios tenían ya organizado allí un mitin. Yo hablé en la tarde; a las seis, que era la hora de salida de los trabajadores, me hallaba en la casa donde me hospedé cuando se me acercó una señora a decirme: "Señor De la Huerta, no vaya usted a fiarse en el camino, no vaya muy confiado, porque del otro lado mi marido y yo nos encontramos al venir, un guayín de los EE.UU., del lado americano. Nos dimos cuenta de que allí estaban parapetados unos quince hombres bien armados, con sus caballos, con buenas monturas y estuvimos platicando y parece que estaban pendientes de la pasada de usted de Santa Cruz a Nogales. Ya saben, porque así se lo dijeron a mi marido, que es muy amigo de uno de ellos, que en la madrugada de mañana va usted a pasar". Di las gracias a la señora y esta continuó: "no viene mi esposo personalmente a decírselo porque tiene temores de las represalias y las venganzas y yo le ruego que

no diga usted nada de esto a nadie". Así lo hice; sin embargo, el mismo que estaba de guarnición allí con los fiscales recibió aviso de algún vigía que tenía por allí, en el sentido de que se había visto gente armada del lado americano, coincidiendo con la información que la señora me había dado. Se trataba de un capitán de apellido Islas, era el jefe de la guarnición y no muy valeroso como se verá adelante.

"Con aquellos datos, avisé a mis compañeros (Benito Peraza y Juan Córdoba) que no pasaríamos la noche allí, sino que íbamos a partir en seguida. Así lo hicimos. El camino es escabroso y hay un cañón que parece ex profeso para una emboscada. Uno de mis compañeros interpeló a Islas:

—"Oiga, Islas, usted que es tan partidario aquí del candidato, a ver si nos da una escoltadita.

—"Sí, hombre, ¡cómo no! ¡con mucho gusto! —Y subió a su automóvil con sus cuatro fiscales y se vino detrás del Ford que nosotros ocupábamos. Pero cuando en medio de la noche nos acercábamos al cañón, se oyeron algunos silbidos (probablemente de aves nocturnas) y entonces él "recordó" que tenía deberes que cumplir en aquella región y que no podía alejarse mucho de su puesto en Santa Cruz. Por fin exclamó:

—"No; pues yo tengo que estar en mi puesto y me regreso. —Y se regresó, no entrando al cañón donde se habían escuchado los silbidos aquellos.

"Nosotros cruzamos sin novedad aquel lugar; es decir, sin más novedad que habernos extraviado, por lo cual llegamos a nuestro destino a las cuatro de la mañana.

"A esas horas estaba tendido un individuo que llevaba el mote de El Pollo quien estaba a sueldo del Kibby, habiendo recibido de él mil dólares "a cuenta del trabajo" que iba a desempeñar. Y resultó que aquel hombre, al encontrarse en posesión de los dineros, se fue al lado americano, a Nogales, Arizona, a ponerse una borrachera y a disfrutar en grande de los fondos recibidos. Había en aquellos tiempos un restau-

rante llamado "Lully" muy conocido y elegante. Se cobraba caro y se servía bien; y allí fue aquel individuo a emborracharse, pero el exceso de bebida y comida le originaron una congestión que le costó la vida. Y así, en vez de que fuera yo el muerto, fue él, el comisionado para liquidarme, quien se hallaba tendido a mi llegada a Nogales, que fue donde me dieron todos esos informes. Se había corrido la voz, pues aquel, borracho ya, había dicho que el candidato De la Huerta se lo iba a llevar la tal, porque él se iba a encargar de liquidarlo y se dieron cuenta asimismo de la procedencia del dinero que había recibido. Así fue como, en vez de realizarse ese tercer intento del Kibby, el pobre verdugo aquel pagó con su vida la mala acción de prestarse a actuar como matarife del criminal americano.

"Continuó la jira y hubo otros incidentes de los que salí con bien pero que no vale la pena relatar; solamente haré mención de los más curiosos".

## EL HOMBRE DEL ALFANJE Y SU TRAGICO FIN

**A**L llegar a Huatabampo, vino todo el pueblo a recibirme a La Brecha. Yo marchaba, naturalmente, a la cabeza de la manifestación que el pueblo organizó. En eso, un individuo, jinete en caballo de poca alzada, se acercó casi al galope. Era un tipo indígena, mal encarado, armado de un alfanje (así puede llamarse al tipo de machete que usan en Navjoa) y que sin el menor género de duda, trataba de llegar a mí para machetearme. Felizmente, a mi lado marchaba un hombre muy corpulento (casi dos metros de estatura) de apellido Ruiz y muy conocido en Huatabampo. Y cuando éste se dio cuenta de las intenciones del jinete, le saltó al brazo que ya levantaba el atacante blandiendo el machete, lo sujetó con puño de hierro y lo desarmó. Naturalmente, todos mis parti-

darios que se percataron de aquello quisieron linchar al atacante; pero yo, que comprendí que aquel no obraba por cuenta propia, sino que era comisionado por alguien, lo evité y ordené que le dejaran marchar con todo y caballo. Solamente el machete no se le devolvió.

"Cuando llegamos a la plaza la encontramos ya tomada por los pesqueiristas que eran el partido formado por los grandes terratenientes, poco numerosos, pero abundantes en recursos. Desde la noche anterior se habían posesionado del quiosco y estaban con lo que llamaban "la perrada" que era una banda de tambores y pitos muy desafinada. Todos mis partidarios entonces se dirigieron a la esquina de la plaza, donde estaba un "aguafresquero" cuya mesa tomaron en alquiler para usarla a manera de tribuna. A ella me subieron para dirigirme al pueblo.

"Durante mi discurso o conferencia, que escuchaban con mucho interés mis oyentes, fue abriéndose paso poco a poco el mismo jinete que había intentado darme de machetazos a la entrada del pueblo. Entre mis partidarios y oyentes había algunos jinetes. El enemigo aquel, armado de un nuevo machete, se acercaba sin que mis amigos se dieran cuenta, pues venía por su espalda, pero uno de nuestros jinetes lo reconoció cuando aquél se acercaba a la mesa en que yo me encontraba. Inmediatamente le echó el caballo encima y comenzaron a forcejear. Mi partidario trataba de quitarle el arma, pero en la lucha, el contrario cayó, probablemente porque estaba bajo el influjo del alcohol o de la marihuana, y al caer, ¡su propio caballo le puso un casco sobre el cráneo y se lo despedazó!

"Aquella noche estaba tendido en su casa aquel otro que había ido con el propósito de liquidarme".

Y al terminar aquel relato, el señor De la Huerta, como casi siempre lo hacía, me dijo que podía confirmar su veracidad tratando de localizar al oficial que en aquella ocasión se hallaba a su lado, que a la sazón era teniente, de nombre Teodoro Orante, y que según creía hoy

era general y estaba encargado del estudio de las hojas de servicio. Agregó que creía que estaba aún en la Secretaría de la Defensa y que él mismo le había dado detalles del incidente que acababa de relatarme.

Como de costumbre, también, el que esto escribe se abstuvo de buscar comprobación a lo referido por el señor De la Huerta, pues para el comentarista, como para todo el que haya conocido siquiera superficialmente a don Adolfo, su veracidad no se pone en duda, y en cuanto a la exactitud de su memoria, todos sabemos que fue verdaderamente excepcional.

## LA ACTITUD DE CARRANZA PARA DE LA HUERTA

**Y**A hemos visto, por lo anteriormente relatado, que el señor Carranza, después que De la Huerta regresó de los EE.UU. habiendo desempeñado satisfactoriamente la misión que le confió, no quería que éste fuera a su Estado a correr como candidato a la gubernatura. Para impedirlo estuvo reteniéndole con pretextos y proposiciones ventajosas, pero el señor De la Huerta, sintiendo la responsabilidad de su compromiso con sus comitentes y paisanos, acabó por salir casi de escapada y fue a dar la corta pero decisiva batalla en la que derrotó totalmente a los candidatos que aparecían respaldados por Carranza, Obregón y Calles.

¿Por qué Carranza tenía tanto empeño en que De la Huerta no saliera electo gobernador de Sonora?

Es indudable que don Venustiano había podido apreciar plenamente las cualidades de honorabilidad, rectitud y civismo que campeaban en todos los actos de su leal colaborador. Es indudable, también, que la forma en la que De la Huerta hizo recapacitar a Carranza de errores cometidos o por cometer, dieron a éste una idea clara de la valía del señor De la Huerta, de su sinceridad, de su verdadero revolucionarismo, en fin, de sus grandes posibilidades como guía de los destinos de la nación.

Y es muy probable, por lo tanto, que Carranza haya pensado en De la Huerta como su sucesor para la presidencia de la República.

Los hechos que a continuación se relatan parecen confirmar tal idea.

Lo que Carranza no esperaba, pues no conocía bien a De la Huerta, era que este se negara a ser candidato oficial, es decir, cómplice en una pastorela electoral como las que acostumbraba el general Díaz y contra las cuales precisamente se había levantado el pueblo todo de México.

Si Carranza hubiera esperado que el clamor popular llevara a De la Huerta a figurar como candidato presidencial, otra habría sido la actitud del ilustre sonorensé; pero creer que aceptaría figurar como candidato oficial y hacerse cómplice de la imposición y la burla al voto popular, era no conocer al hombre.

Veamos cómo se desarrollaron los acontecimientos y cómo en ellos la actitud de Carranza, insinuante primero, abierta después y por fin antagónica, preludió los sucesos que tan grandes y graves sacudidas iban a traer al país.

Después de su arrollador triunfo electoral en Sonora, donde obtuvo tantos votos como la totalidad de los otros tres candidatos, don Adolfo, que tenía el doble carácter de senador (en uso de licencia) por Sonora y gobernador del mismo Estado, vino a la capital y fue invitado por el señor Carranza para comer en su casa.

Como único otro invitado, el señor De la Huerta encontró a don Manuel Amaya, hombre de todas las confianzas de Carranza.

Ya sentados a la mesa, preguntó este:

—¿Qué dice su Estado, De la Huerta?

—Nada de particular, señor; solamente que le pegué a su gallo.

—¿A mi gallo?

—Sí, señor; a Ignacio Pesqueira.

—¿Y por qué cree usted que él era mi gallo?

Don Adolfo echó mano al bolsillo y presentó al señor Carranza copia de dos telegramas en los que Juanito Barragán había remitido a Ignacio Pesqueira, por conducto de la Western Union y del National Bank de Nogales, dos partidas importantes en dólares. Tales copias le habían sido proporcionadas por uno de los muchos amigos que tenía entre el personal de telegrafistas.

—Esos fondos —dijo Carranza— fueron enviados por Juanito Barragán.

—Sí, señor; pero no es de creerse que haya sido sin instrucciones ni autorización de usted. Ni menos con fondos propios.

—¿Y por qué no cree usted que pueda haber reunido ese dinero entre los amigos de Pesqueira?

—Porque Pesqueira —rio don Adolfo—, no tiene partidarios ni aquí ni allá.

Don Adolfo hablaba al señor Carranza con la misma franqueza y libertad con que lo había hecho siempre a pesar de la presencia de Amaya, pues sabía que éste gozaba de toda la confianza de Carranza. Sin embargo, es posible que su presencia haya hecho sentirse más incómodo a Carranza; el caso fue que levantándose sin decir palabra, abandonó la mesa, salió de la habitación y no regresó. Don Manuel pretendió reconvenir a De la Huerta pero éste le respondió con energía y a su vez abandonó la casa para ir a comer a un restaurante.

La incomóda situación en la que el señor De la Huerta puso a don Venustiano debe haber sido doblemente molesta para éste, puesto que al evidenciar su conocimiento respecto a las maniobras hechas por el presidente Carranza para impedir primero que fuera a Sonora, y apoyar y proteger después a un candidato rival, quedaba descubierta del todo su actitud antidemocrática.

Y nos preguntamos: ¿No sería todo aquello contrariedad porque De la Huerta se empeñaba en complacer a sus paisanos los sonorenses, desoyendo los cantos de sirena que ya sonaban?... Veamos.

Era en esos mismos días, fines de mayo de 1919, cuando De la Huerta se acercó al Senado, del cual como se ha dicho era miembro, para encontrarse con otros tres senadores: José J. Reynoso, el coronel Martín Vicario y el Lic. Alfonso Cravioto.

A la llegada del señor De la Huerta, aquellos sus tres compañeros de Cámara le invitaron a tener una conferencia en la biblioteca del Senado. Entonces uno de ellos le manifestó que habían pensado lanzar su candidatura para la presidencia. El señor De la Huerta, creyendo que se trataba de la presidencia del Senado, les manifestó que se los agradecía pero que no era él el indicado, ya que solamente estaría en la Cámara breve tiempo. Los senadores entonces le hicieron la aclaración de que no se trataba de la presidencia del Senado sino de la presidencia de la República.

—¿Están ustedes locos? —protestó don Adolfo.

Pero no era un caso de locura, no; Reynoso era el portavoz de la presidencia y quizá por ello insistió en tal forma que el señor De la Huerta acabó por molestarse y abandonar la biblioteca. Se dirigió entonces a la presidencia de la República y cuál no sería su sorpresa cuando al encontrarse con el general Marciano González primero, y Alberto Salinas Carranza después, ambos le felicitaron "porque ya andaba de boca en boca su nombre como candidato a la presidencia de la República". El propio Juan Barragán le hizo demostración por el estilo.

El señor De la Huerta, haciendo uso del derecho de picaporte que el presidente Carranza le había concedido, pasó a su despacho para entrevistarle. En aquella entrevista le manifestó su desagrado porque elementos allegados a la presidencia hubieran adoptado la actitud que mostraron; pero Carranza replicó:

—No sólo entre todos sus amigos ha tomado cuerpo esa idea. La República entera estuvo muy pendiente de las elecciones en el Estado de Sonora y por la forma en que se verificó la lucha, la personalidad de usted ha tomado altos relieves. Por eso es que sus amigos han pensado en usted.

—No son amigos míos los que adopten esa actitud, pues quienes lo hagan no pueden ser sinceros conmigo.

—¿Por qué no? Hace usted mal en pensar así de ellos. Usted puede ser un elemento muy viable y que satisfaga a la República que ansia el civilismo.

—¿Usted también? Deseche usted esa idea o amenguará el gran cariño y respeto que por usted tengo. Por ningún motivo me prestaría para una pantomima de esa naturaleza. —Y cortando la conversación con cierta brusquedad, el señor De la Huerta abandonó el salón de Palacio.

Sin embargo, Carranza no quiso aceptar como definitiva tal actitud, y cuando posteriormente hubo junta de gobernadores en la que se supo que se iba a tratar la cuestión electoral y que había el propósito de presionarle, fue el único de los gobernadores que no asistió a ella.

Ya Carranza, con anterioridad, había querido sondear la actitud de De la Huerta ofreciéndole la cartera de Gobernación, pero este se negó a aceptarla aduciendo que tras de haber sido electo gobernador de su Estado, su aceptación significaría una burla al mandato del pueblo.

Hubo una junta secreta en Cuatro Ciénegas con asistencia del señor Carranza y a la que asistió igualmente el ingeniero Bonillas. A tal junta fue invitado el señor De la Huerta por Roberto Pesqueira a quien el presidente Carranza comisionó para que, a más de hacer la invitación con carácter urgente, ocupara provisionalmente el puesto de gobernador de Sonora. De la Huerta se negó a asistir a tal cita y no es improbable que en ella se haya incubado la candidatura del ingeniero Bonillas.

Calles, por su parte, no veía con buenos ojos la candidatura de Obregón y deseaba que don Adolfo aceptara la suya y lo derrotara.

La personalidad del señor De la Huerta había tomado gran fuerza porque en su puesto de gobernador de su Estado, tanto en la época pre-



constitucional, como interino, como en la segunda época cuando llegó al puesto por elección popular, fue un verdadero servidor del pueblo y un revolucionario sincero que trató, ante todo, de lograr el bienestar de las clases oprimidas y la protección de los trabajadores dictando, como se ha visto, leyes y decretos verdaderamente precursores de la legislación obrera.

Por otra parte, Carranza no quería a Obregón. Probablemente esa animadversión se originaba en celos que sentía por sus éxitos militares y Obregón, durante la campaña activa militar, nunca reconoció la dirección de la misma a Carranza; éste, que se sentía dotado de grandes facultades estratégicas (razón por la cual solicitó y obtuvo de Madero el nombramiento de ministro de la Guerra) resintió siempre aquello.

Se trataba simplemente de un error de apreciación de sí mismo por parte de don Venustiano Carranza quien, fuera de estos aspectos, fue una figura respetable y un gran patriota.

Pero aquella rivalidad entre Carranza y Obregón ya se había puesto de manifiesto con anterioridad.

Cuando Calles gobernaba Sonora, el señor Carranza le ofreció que a la terminación de su período le daría una cartera y posteriormente cumplió esa promesa dándole la de Industria y Comercio; pero Calles, ya en México, se dio cuenta de que su paso por el gobierno era muy poco perdurable y que se trataba de una maniobra del señor Carranza para que no le antagonizara a Ignacio Pesqueira en su campaña por la gubernatura de Sonora. Calles entonces, para no afiliarse a la candidatura de De la Huerta, infló al general Miguel Samaniego, quien, como ha quedado referido, fue otro de los candidatos. Y no es por demás hacer notar que los intentos de asesinato que sufrió el señor De la Huerta durante su campaña, y de los que hemos hecho relación en capítulos anteriores, fueron atribuidos por algunos al general Calles, pero tal versión es inaceptable dadas las buenas relaciones que existían entre los dos y más bien debe considerarse que fueron consecuencia del apasionamiento de los partidarios del general Samaniego y de los del propio general como puede concluirse de las anteriores relaciones.